

CRISTIANDAD

A NOSOTROS TOCA EL IR...

Para los primeros cristianos, vida cristiana y vida pagana eran términos irreconciliables. No buscaron el llegar a un compromiso entre ambas partes ni perdieron el tiempo en predicarlo.

Influídos por el hábito y la costumbre pactamos, de hecho, con el vivir moderno, sin percatarnos de que las formas de ese vivir responden a una íntima contextura materialista y paganizante. La vida se nos da hecha con unas apariencias externas de matices incitantes y seductores, como nunca.

Nada tiene de extraño, pues, el asombro de muchos, incluso cristianos, frente a las decisiones tajantes de la Iglesia. La Iglesia sabe que existe la contradicción y lo recuerda así a sus hijos para que no sean víctimas inconscientes del engaño.

VEA TAMBIEN EN ESTE NUMERO:

Sobre la actualidad de una actitud antiliberal

por Francisco Canals Vidal

Las Constituciones liberales o la Legislación vigente

por Daniel Boira

Educación, sí, ¿pero de quién?

por Francisco Hernanz

Sobre el problema del apostolado moderno: Un importante documento del Obispo de Campos (Brasil), Dr. D. Antonio de Castro Mayer

por Carlos Felú de Travy

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Diputació, 302, 2.º, 1.ª - BARCELONA - Teléfono 22 24 46

Precio de suscripción . . . 150 pesetas

Para los señores Sacerdotes, cuota reducida

Nos complacemos en comunicar a nuestros lectores que, al igual que en años anteriores, nos encargamos de la encuadernación de los números de CRISTIANDAD.

A este objeto pueden remitir a esta Administración los ejemplares de la revista y los cuadernillos de las separatas de «Documentos Pontificios» correspondientes o bien llamar al teléfono 22 24 46 y le serán recogidos en su domicilio.

El precio conjunto de ambas encuadernaciones es de 36 pesetas.

Administración de CRISTIANDAD: Diputació, 302, 2.º, 1.ª — Teléfono 22 24 46

VEREDICTO DE LA FIESTA DE LAS LETRAS DE LA CIUDAD DE SABADELL

Veredicto del Jurado calificador de la Fiesta de las Letras en honor de la Beatísima Virgen María, organizada por la «Comisión Año Mariano» de la ciudad de Sabadell.

- 1.º Premio de 2.000 Ptas. al lema «Cui comparabo te, Filia Sion?»
 - 2.º Premio. No se adjudica.
 - 3.º Premio. No se adjudica. Se concede un accésit de 500 Ptas. al lema «Devoció popular».
 - 4.º Premio. No se adjudica. Se conceden: Un accésit de 500 Ptas. al lema «Sub sole». Un accésit de 300 Ptas. al lema «Rosa Blanca de Dios» y un accésit de 200 Ptas. al lema: «Ave Maria Gratia Plena».
 - 5.º Premio. No se adjudica.
 - 6.º Premio de 1.000 Ptas. al lema: «...perquè qui en ella posa màcula, en lo sol considera tenebres». Y un accésit de 500 Ptas. al lema: «Dona d'amors, dona de paradís».
 - 7.º Premio. No se adjudica. Se concede un accésit de 500 Ptas. al lema: «Decor Carmeli» y otro accésit de 500 Ptas. al lema: «Ave Maria».
 - 8.º Premio. No se adjudica. Se concede un accésit de 400 Ptas. al lema: «Senyora, Regina, Patrona». Un accésit de 300 Ptas. al lema: «Pregària» y otro accésit de 300 Ptas. al lema: «Ex qua salus est exorta».
 - 9.º Premio. No se adjudica. Se conceden dos accésits de 250 Ptas. a los lemas: «Contemplant la Immaculada de Murillo» y «Mar d'on eixí la Perla de l'encís».
 - 10.º Premio de 500 Ptas. al lema: «Ave Maria Puríssima.»
 - 11.º Premio de 500 Ptas. se concede al lema: «Rosas y Lirios».
 - 12.º Premio de 500 Ptas. se concede al lema: «Vull amar-vos, vull cantar-vos...».
- Se concede un premio extraordinario de 500 Ptas. al lema: «Maria mater gratia, salus infirmorum».

La fecha de celebración de la Fiesta de las Letras se señala para el día 21 del corriente mes, a las seis de la tarde, en el salón de actos de la Caja de Ahorros de Sabadell. El Jurado calificador: Mantenedor, Rdo. Dr. Luis Carreras, pbro., Rdo. Ramón Daumal, pbro., Rvdo. Camilo Geis, pbro., Rdo. Dr. Quírico Estop, pbro., D. Juan Arús, Dr. Pedro Roca y D. José M.ª Riu.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

A nosotros toca el ir...

SUMARIO

EDITORIAL

A nosotros toca el ir..., por C. F. de T. (páginas 371 y 372).

PLURA UT UNUM

Sobre la actualidad de una actitud antiliberal, por Francisco Canals Vidal (págs. 373, 374 y 377).

Las Constituciones liberales o la legislación vigente, por Daniel Boira (págs. 375 a 377).

Educación, sí, ¿pero de quién?, por Francisco Hernanz (págs. 378 y 379).

EL BIELDO Y LA CRIBA

¡Alerta, se nos acusa!, por Martirián Brunsó, Pbro. (págs. 380 y 381).

«Los intereses creados» farsa demoleadora, por Francisco Salvá Miquel (págs. 381 y 382).

Sobre la noción de «patriotismo», por Pablo López Castellote (pág. 382).

DE ACTUALIDAD

Sobre el problema del Apostolado moderno, por Carlos Felú de Travy (págs. 383 y 386).

Después de las elecciones norteamericanas. Ni respetados ni libres, por José-Oriol Cuffi Canadell (pág. 384).

Quincena política, por Shehar Yashub (páginas 385 y 386).

ANEXOS

Exhortación de Su Santidad a la peregrinación internacional de las «Hijas de María Inmaculada». - Carta de S. S. Pio XII a los Superiores de las distintas ramas de los Padres Agustinos. - Radiomensaje de S. S. el Papa a los fieles de Bretaña, peregrinos al Santuario de «Santa Ana de Auray». - Carta del Sumo Pontífice al Congreso Mariano de Bolivia. - Radiomensaje del Papa en la clausura del Congreso Mariano del Canadá. - Carta de Su Santidad el Papa al 76. Katholikentag Alemán, celebrado en Fulda. - Radiomensaje del Padre Santo al Congreso Mariano de Bélgica. - Radiomensaje del Sumo Pontífice para la clausura del Congreso Mariano del Brasil en el IV Centenario de la ciudad de Sao Paulo. - Discurso del Sumo Pontífice a las CC. MM. de todo el mundo. - Palabras de S. S. a los participantes en el Congreso Mundial de Población. - Discurso de S. S. el Papa a los congresistas de la Federación Internacional de Maestros Sastres. - Discurso del Padre Santo a los participantes en el III Congreso Internacional de la Poliomiélitis.

Esta carta de Graham Greene al Cardenal de París, en la que el famoso escritor católico muestra su disgusto por la negativa de la Iglesia a conceder honras fúnebres religiosas a Colette tiene la apariencia inequívoca de soberano despiste, dicho así en términos gráficos, vulgares y correntísimos.

Contrariamente a lo que, con ligera precipitación, cabría inducir de lo dicho, nadie crea dár en el blanco pensando que vamos a «meternos» a fondo, con premeditación, alevosía y ensañamiento, contra el autor de la citada carta. En último término, es verdad que un despiste puede sufrirlo cualquiera. Y, antes de llegar a ese extremo, es más verdad todavía que, sobre faltar a la caridad, podemos negar al prójimo lo que en justicia se le debe — respeto a su buen nombre y reputación —, reavivando la memoria de unas equivocaciones, cuando su autor responsable, por modo público y con humildad y sinceridad plenas los ha reconocido como tales. No; al recordar el hecho, y, sobre todo, al calificarlo de la manera dicha, nosotros vamos a otra cosa.

No siempre basta la intención del hombre para delimitar el alcance y la significación de los gestos, de las actitudes, de las ideas y de los hechos de que es autor.

Por estos mundos de Dios, es posible comprobar a las veces la existencia de cosas enormemente divertidas. Una de ellas puede ser el curiosísimo fenómeno del hombre que, sin que el mismo sepa explicarnos como, se vio alzado sobre el paves de la gloria o — los extremos se tocan — sobre el tablado de la quillouna. Todo esta en que, a la luz de la indispensable perspectiva, nuestros gestos o nuestras actitudes, por mas que nazcan de una naturalidad perfecta y espontánea, puedan ser interpretadas por los demás como simbólicas. Y es que, independientemente de nuestra voluntad, los hechos poseen un dinamismo propio, sugeridor, que se manifiesta según las circunstancias en que se producen. En otra época, la carta del escritor anglosajón tendría un valor indiciario, a través del cual los contemporáneos descubrirían no más el confusiónismo de un señor acerca de puntos, por lo demás, elementales, de disciplina. En la nuestra, por obra del clima ambiental, surge como un síntoma de factores característicos del tiempo. Por ello, nos interesa la cosa, y apenas si tiene importancia, en muchos casos, quien la ha dicho o realizado. Este, para bien o para mal, con plena conciencia o con absoluta o mediana ignorancia, se habrá limitado a representar el papel de portavoz, a figurar como mero soporte material de la cosa.

Naturalmente hablando, el hombre de hoy tiene unos motivos para sentir entusiasmo frente a la vida, en su aspecto material, de los que posiblemente carecieron sus antepasados, o que, por lo menos, no eran para éstos tan fundados. Este es un fenómeno que a nadie debe causar asombro, puesto que todo el cúmulo de inventos científicos y de perfeccionamientos de la técnica se endereza a hacernos cómoda y agradable la vida. Instintivamente nos olvidamos entonces de que nuestra existencia terrena es, en realidad, simple peregrinaje. Huimos de examinar las cosas, por un temor, instintivo también, de dar con la contradicción, que ha de descubrirnos la realidad íntima, esencialmente pasajera y de puro medio de las cosas. Tendemos inevitablemente a eludir toda colisión en este terreno y, para ello, de entre todas las interpretaciones posibles, elegimos siempre no ya la más benévola, sino con toda seguridad la menos comprometedora...

... Colette ha muerto. Colette era una anciana, dicen, que inspiraba simpatía. Su pasado era anecdota, que quedaba diluida en la realidad innegable de su fama actual de escritora. Se hacía difícil, tenía casi atisbos de contrasentido, pensar en la Colette de antes, al contemplar ahora la imagen de una anciana, si pensamos que la imagen de los ancianos, como la de los niños, viene a ser una de las ventanas por las que el hombre se asoma a los espacios soleados de dulzura y benignidad. ¿A qué sacudirnos ahora, con la dura y tajante negativa, que nos devuelve de un golpe a la contradicción que a todo trance estamos empeñados en desterrar?

Así entendido, aparece claro el valor de síntoma que a nuestro juicio puede revestir la carta de Graham Greene. Sin pretenderlo, posiblemente, el famoso escritor ha puesto el dedo en la llaga de una cuestión hondísima. Estamos de lleno en el problema de la concepción de la vida por el cristiano.

EDITORIAL

Hoy se vuelve con frecuencia la vista a los primeros siglos de nuestra era. Se piensa, con acierto, que la labor de los cristianos de hoy, tiene muchos puntos de semejanza con la que tuvieron que desarrollar los hijos de la Iglesia, en los primeros tiempos del cristianismo. No menos que ellos, nos damos cuenta, a la verdad, que se nos pide trabajemos en la cristianización del mundo, no el mundo que cae lejos de nosotros, en los antipodas o por los mares de la Polinesia, sino que empieza justamente, en muchos casos, con el prójimo que vive pared por medio de nosotros. Averiguar cómo se las habían aquellos fieles dentro de una atmósfera de hostilidad, cuando no de indiferencia, en el mejor de los casos, reviste, en tal supuesto, un positivo interés.

Siguiendo ese método, tan grato a muchos y no menos eficaz, al decir de otros, sentamos primero esta afirmación: los cristianos se enfrentaron con un mundo, cuyas estructuras políticas y sociales, estaban informadas de raíz por el paganismo. Y en segundo lugar esta otra, que se nos antoja decisiva para el tema: ante la vida respondiente a tales estructuras, los primeros cristianos opusieron «su» vida, la que nacía de los principios del Evangelio de Cristo. Es decir, para ellos, vida pagana y vida cristiana eran términos irreconciliables. No buscaron el llegar a un compromiso entre ambas partes ni perdieron el tiempo en predicarlo. Conscientes de las metas que perseguían dejaron literalmente para el arrastre lo que en sus principios constitutivos era netamente anticristiano. Diríamos, en suma, que los cristianos de la primera época distinguían perfectamente entre lo que de sí era cristiano y lo que resultaba, por imperativo de su propia naturaleza, imposible de cristianizar. Así, por ejemplo, no consta en parte ninguna que los cristianos se empeñaran en cristianizar los espectáculos circenses. Si sabemos, en cambio, que una vez convertido el mundo romano de un modo oficial, o sea, luego que el Imperio, como tal, se proclamó cristiano, tales espectáculos fueron prácticamente abolidos.

Nadie pondrá en duda, creemos, que los espectáculos circenses de diversa manifestación abundan en nuestros días, lo que vale tanto como decir que hay mucho en nuestro mundo actual que clama por su cristianización. En presencia de tamaña realidad, se insiste bastante en el método y no demasiado, ni siquiera suficientemente —nos parece a nosotros— en el sentido propio y natural de muchas cosas a las que queremos aplicar un método de cristianización. En pocas palabras: ignoramos, por lo visto, que como hicieron los primeros creyentes, el único método practicable para cristianizar el mundo, en algunos casos, es renunciar de antemano a conquistar lo inconquistable. Hay que reformar lo reformable y no más: lo irreformable debe ser abolido y desterrado para el cristiano.

Se dice que debemos cristianizarlo todo. En el todo se hallan, por ejemplo, las diversiones. Uno se pregunta entonces cómo se divierten hoy muchísimas gentes y cae en la cuenta de que se divierten bailando. Tengamos la seguridad de que no han de faltar ni faltan quienes se empeñen en cristianizar el baile de hoy. Es curioso advertir que cuando previamente se han cristianizado las personas, no tiene sentido el intento de cristianizar el baile moderno, por la sola razón de que, como medio preponderante de esparcimiento, ha ido desapareciendo. Como el circo, los antiguos, estos cristianos han dejado el baile para el arrastre.

También, y ya en otra materia, la económica, se dice que la sociedad anónima debe reformarse en lo que tiene de cuerpo sin alma de cara a los obreros, en cuanto constituye o puede constituir un sistema a propósito para repartir fabulosos dividendos, de los que ni las migajas alcanzan al trabajador. Pues bien, del mismo modo que en el caso anterior, resulta provechosisimo notar aquí que, cuando los patronos se han mostrado imbuídos a fondo del espíritu cristiano, han ideado unos sistemas de anónima que no ofrecen de tales más que el nombre. En ambos casos, el creyente no ha reformado lo irreformable: lo ha desterrado. Parece que ésta es la conducta lógica del cristiano en todos los tiempos, el método único de que cabe hablar.

Antes de estudiar el método para cambiar las cosas, conviene, con la sana idea de no perder el tiempo, poseer clara conciencia sobre la posibilidad o imposibilidad radicales de que la cosa cambie. De nada nos sirve el empeño de que la plata pierda su propio color para volverse anaranjada: la plata o tiene su color o no es plata. Ahora bien; si la plata sólo ha de gustarnos y aspirar, en consecuencia, a nuestra aceptación, siendo anaranjada, lo mejor que podemos hacer, en tal caso, es dejarla.

La experiencia nos dice que, por lo general, los cristianos de hoy no oponemos tan decidida ni decisivamente «nuestra» vida, como lo hicieron los antiguos, a esa otra vida que se nos da hecha y que, en el fondo, reconocemos no informada por los principios de nuestra creencia. No sabemos renunciar a la plata tal como es, si por un acaso entendemos que el color ideal de la plata es el verde.

Sería injusto, con todo, no advertir que a favor de los primeros cristianos militaba un factor importantísimo: ellos eran los primeros cristianos en medio de un mundo pagano, el choque entre lo que creían y lo que veían a su alrededor tenía la fuerza y la violencia del primer golpe. Nuestro caso es distinto: antes de nosotros hubo unas generaciones cristianas que prácticamente se acomodaron ya a vivir, tal vez sin demasiada protesta, en medio de una sociedad que poco a poco abandonaba los principios cristianos, para substituirlos por los del materialismo. Desgraciadamente estamos ya inmunizados en parte contra los efectos violentos del golpe. Estamos inmunizados porque estamos habituados a vivir, desde pequeños, en medio de todas estas cosas. La inmunización llega poco a poco al extremo de hacernos insensibles al mismo golpe: el choque objetivamente se produce, hay una contradicción evidente entre lo que nos envuelve externamente y lo que debería envolvernos, supuesto nuestro pensar de cristianos, pero subjetivamente nos falta, en la práctica, conciencia de semejante realidad. Nada tiene de extraño, pues, el asombro de muchos, incluso cristianos, frente a las decisiones tajantes de la Iglesia. La Iglesia sabe que existe la contradicción y lo recuerda así a sus hijos para que no sean víctimas inconscientes del engaño.

Influidos por el hábito y la costumbre pactamos, de hecho, con el vivir moderno, sin percatarnos de que las formas de ese vivir responden a una íntima textura materialista y paganizante. La vida se nos da hecha con unas apariencias externas de matices incitantes y seductores, como nunca. Es claro que la exuberancia material y física ahoga lo auténticamente vital que es el espíritu. Pero, eso queda, por lo general, para los que están de vuelta. Lo normal es que nos sintamos estrechamente vinculados, en cuerpo y espíritu, a ese vivir. Y lo normal es, también, que, sin ceder a lo abiertamente pecaminoso, nos mostremos dispuestos a las máximas concesiones. Entonces, ¿cuál es la fórmula mágica? Pues la fórmula mágica consistiría en que, a esa vida que tanto nos gusta le pudiéramos echar los polvos, necesarios y suficientes, no más, de cristianismo. Nosotros sin movernos ni renunciar, y el cristianismo que venga a tranquilizarnos las conciencias.

No es el monte el que ha de venir a nosotros: somos nosotros quienes debemos ir al monte. A nosotros nos toca ir... Este es el camino que siguieron los primeros cristianos, el que ha seguido siempre la Iglesia, el que nos explica el único método adecuado. Realmente aquéllos bautizaron el mundo, pero sin olvidar que el bautismo exige renunciar a Satanás, a sus pompas y a sus obras. Parece oportuno recordar que, entre las pompas y las obras del demonio, no se cuenten ni uno de los modernos avances científicos, incluida la energía atómica. Lo decimos, dada la candidez de unos cuantos y la malicia de otros tantos. La obra de Satanás se muestra pura y simplemente colocando esos avances al servicio exclusivo de la exaltación de lo material por encima de lo sobrenatural — así, sobrenatural, señores, no religioso de modo vago, ni espiritual por manera vaporosa —, como esencia y explicación de la vida. Y conve ngamos, para ser claros, que éste es el distintivo del mundo — y del vivir — moderno. Un mundo con el que estamos tan identificados demasiadas veces, que le queremos tal como es, aunque eso sí, espolvoreado de cristianismo.

C. F. de T.

«Ojalá que Nuestra invocación a la realeza de la Madre de Dios pueda obtener para los hombres conscientes de sus responsabilidades la gracia de vencer el abatimiento y la indolencia en un momento en que nadie puede permitirse un instante de descanso cuando en tantas regiones la justa libertad está oprimida, la verdad ofuscada por los ardides de una propagn da engañadora y las fuerzas del mal como desencadenadas en la tierra».

(Discurso de S. S. al instituir la fiesta de la Realeza de María. - 1.º noviembre 1954)

SOBRE LA ACTUALIDAD DE UNA ACTITUD ANTILIBERAL

La ruina del liberalismo «a la izquierda». - ¿En lucha contra viejos fantasmas?

«La civilización y el mundo vuelven». - El liberalismo triunfa «a la derecha».

La complicada situación del mundo. - «Si todos los fieles comprendiesen...»

La ruina del liberalismo «a la izquierda»

Una experiencia ya antigua, insistentemente repetida en el período comprendido entre las dos guerras mundiales, y de modo todavía más palpable y definitivo en la presente postguerra, ha comprobado el que podríamos llamar fracaso “democrático” del sistema liberal puro. Por lo menos en Europa, que en este caso comprende también a Inglaterra, el proclamar ante la masa de los ciudadanos los ideales y principios — culturales, políticos y económicos — del liberalismo clásico es algo totalmente inadecuado y de eficacia peor que nula para arrastrar los votos de las masas izquierdistas. Y esto es así aunque los “liberales” de hoy se presenten, según una tradición ya vieja, como los más auténticos propugnadores de la “democracia”, e incluso aunque alteren su programa clásico con concesiones de tipo “social” y aun socialista.

El hecho es de tal modo patente que no creemos que pueda ser objeto de muchas discusiones; algunos casos concretos contribuirán a caracterizarlo mejor. He aquí que en Italia muchos millones de ciudadanos dan su voto al comunismo. A éstos, bastantes de los cuales no están al parecer totalmente apartados de la fe católica, no les detienen por lo visto las enseñanzas y las condenaciones de la Iglesia. Pues bien, imaginemos que para desmentir la propaganda “democrática” del comunismo, la democracia cristiana se esforzase (¡supongamos que esto sea una mera hipótesis!) en convencerles de que al dar su voto a un partido totalitario, servidor del imperialismo ruso, traicionan los ideales de libertad, democracia y progreso que animaron el “Risorgimento”; en otras palabras, de que al votar a Togliati conducen a su patria a los tiempos de la “tiranía austríaca” o de la “reacción fascista”. ¿Cree alguien sinceramente que este lenguaje es eficaz para separar del comunismo y dar a la democracia cristiana votos auténticamente izquierdistas, es decir, votos “de clase”? Quisiéramos que un conocedor del pueblo italiano nos dijera cuántas docenas de italianos entre los que “no tienen nada que perder” se deciden a no votar el comunismo — después de despreciar las palabras del Papa — por fidelidad al espíritu de Garibaldi, a la obra política de Cavour y de Víctor Manuel II.

En la misma “tierra de la libertad”, en Inglaterra, no parece haber tenido gran eficacia para arrancar votos al “Labour party”, el *slogan* liberal de los conservadores, que insistían en advertir que el régimen socializante de los laboristas ponía en peligro las tradiciones del liberalismo inglés. Para calcular esta eficacia, ayuda el tener en cuenta que en las elecciones últimas el voto laborista fué superior en número al que había sido en las de 1945. La victoria parlamentaria de los conservadores fué la consecuencia del desplazamiento de algunos votos liberales hacia la derecha.

El liberalismo fracasa evidentemente, por lo visto. Es cierto que la acción política del liberalismo clásico ha prestado eminentes servicios a la revolución democrática y también a la marxista. Muchas veces los liberales han abierto el camino, y se han colocado en vanguardia

en la lucha contra lo que todos (junto con los liberales, los “radicales”, los socialistas, los anarquistas y comunistas) consideraban como reacción, despotismo o “fascismo”. Pero estos servicios no pueden ahora ser agradecidos.

Los herederos del liberalismo deberían convencerse de la inutilidad de recordarlos ante la masa izquierdista. Ellos mismos, por definición “hombres cultos”, convendría que recordaran y entendieran la historia. Cuando las revoluciones iniciadas por “izquierdistas dinásticos” o por republicanos auténticamente liberales — hombres cultos y “de altura” — han continuado su camino hasta el fin, siempre han dejado desbordados a aquellos primeros y más idealistas luchadores. Sólo cuando una oligarquía liberal ha frenado la revolución a medio camino ha podido parecer que el liberalismo triunfaba por efecto de una revolución; pero esto ha sido a costa de situarse en seguida el liberalismo en la posición de un partido de resistencia y moderación conservadora. El dinamismo revolucionario ha exigido siempre a los liberales propiamente dichos la opción entre dejarse arrastrar al radicalismo democrático o situarse a la derecha y soportar de mala gana el ser considerados decididamente como reaccionarios.

Si el humanitarismo optimista y progresista del racionalismo liberal ha llegado a ser como la religión de Occidente, hay que admitir que no ha sido nunca capaz de despertar por mucho tiempo el fervor popular. Desde luego es claro y palpable que el liberalismo no es hoy en Europa la religión de las masas.

¿En lucha contra viejos fantasmas?

Si el liberalismo es ya incapaz de entusiasmar a las masas está también, según dicen, totalmente desacreditado y superado entre los intelectuales. Y es en este punto sobremanera curioso el advertir la insistencia y complacencia con que se da por definitivamente arrinconado a este “viejo ideal del siglo pasado” en ciertas “élites” intelectuales católicas que uno sospecharía herederas y continuadoras del catolicismo liberal en sus más fundamentales aspectos. Y es notable que esta complacencia e insistencia con que se proclama la muerte del liberalismo suele ir acompañada de una extraña irritabilidad ante las actitudes que se atreven a proclamarse continuadoras de la tarea de los grandes apologistas antiliberales del siglo pasado. La cosa parece tener misterio...

Como quiera que sea justifican su actitud en nombre de aquello que es de la máxima importancia para el intelectual católico de hoy, sobre todo si, como se supone, se trata de un intelectual joven y juvenil. Hay que defender la actualidad, el sentido positivo, constructivo y creador del pensamiento de las jóvenes generaciones. Éstas están y sobre todo se proclaman cansadas y hartas de actitudes críticas, negativas y pesimistas. ¡Cuanto más si pretende alguien insistir en una crítica antiliberal! ¡Una actitud “anti”..., y nada menos que contra algo inactual, inexistente, un viejo y superado ideal decimonónico!

«La civilización y el mundo vuelven...»

Sobre todo esto habría desde luego mucho que decir; hoy vamos a aportar sólo una sugerencia. El hecho de que se pueda afirmar, siquiera sea de modo poco convincente, la “superación” del liberalismo; mucho más el hecho de su total ineficacia y desprestigio “a la izquierda”, ¿qué hace en definitiva sino dar razón al acierto de los grandes escritores antiliberales? Ellos y a la cabeza de todos el genial Donoso, no auguraron larga vida ni prolongada vigencia a los ideales y actuaciones políticas del liberalismo.

“Sus días están contados...”, decía Donoso Cortés, y hablaba del momento “transitorio y fugitivo” de su dominación sobre la sociedad. Ellos acertaron, aunque pudiese después parecer que la cosa tardaba en llegar durante las triunfales décadas de la Era victoriana y de la fase moderada de la III República francesa. El momento ha ido llegando y las guerras mundiales van siendo las crisis violentas del hundimiento de un mundo.

Pero si ellos acertaron y el curso de los hechos desmintió el utópico optimismo progresista y se ha hecho imposible que un programa liberal sea capaz de despertar ilusiones, aquel mismo acierto comprueba que la presente situación de fracaso no ha sido sino el efecto propio que debía producir el imperio del liberalismo en la sociedad. El liberalismo no ha fracasado, ha hecho su obra.

Decía Donoso Cortés: “El fundamento de todos vuestros errores consiste en no saber cuál es la dirección de la civilización y del mundo. Vosotros creéis que la civilización y el mundo van, cuando la civilización y el mundo vuelven.” El liberalismo hacía creer a los hombres que el mundo marchaba hacia magníficos destinos, pero en realidad no era así, marchaba directamente a la situación en que ahora está y en el sentido en que ahora anda “hacia el abismo” sin saberlo. Le conducía hacia las tragedias pasadas y hacia las futuras. Hemos visto lo que decía Donoso; es lo mismo que afirmaba Pío XII al dirigirse por primera vez al mundo al principio de su pontificado: Los hombres de aquellos años “hablaban de progreso, cuando retrocedían, de ascensión a la madurez, cuando se esclavizaban...”

El liberalismo triunfa «a la derecha»

Digamos en seguida, y no se trata de una absurda paradoja, que este progresivo triunfo, después de haber hecho como consubstanciales el “derechismo” y el “liberalismo”, ha sido la causa de la sucesiva penetración de los ideales y de los programas izquierdistas en la derecha, y del modo más inesperado la causa de la aparición de cierto extraño y falso “antiliberalismo” izquierdista. No hace mucho tiempo me hablaba un distinguido caballero chileno de cierta juventud del partido conservador de su país que rechazando la alianza derechista con los liberales, en nombre sobre todo de la conciencia social-cristiana, se dejó arrastrar por esta inquietud a integrarse en la alianza con el Frente popular en 1939 y contribuir decisivamente a su victoria.

Para entender el camino que ha seguido el liberalismo a la derecha convendrá recordar los orígenes históricos del liberalismo propiamente dicho. En su forma actual puede decirse que nació, frente al jacobinismo y al despotismo napoleónico, lleno de espíritu “ginebrino” y con todos los rasgos de la farisaica pedantería “oligárquica” que el calvinismo sabe formar en la burguesía.

Hemos dicho antes que este liberalismo no había triunfado nunca por una auténtica revolución. Hay que añadir que sus triunfos más duraderos y profundos han sido, por el contrario, la obra política de pretendidas “Restauraciones”, y de partidos conservadores. Pero el liberalismo

definitivamente fundido con la derecha no perdió la tendencia a recordar los tiempos en que había constituido el núcleo de la oposición a la intolerancia y al despotismo.

De este modo una ley íntima de su ser le ha mantenido constantemente fiel, frente a los partidos más radicales, a la táctica del “nosotros también”. Táctica que si ha sido totalmente estéril como argumento electoral frente a la izquierda, ha sido en cambio eficazísima para arrastrar a las más inestables posiciones políticas a la antigua derecha. De este modo la derecha, dispuesta incluso a renunciar a su derechismo, ha podido prestar como heredera del progresismo liberal, cada vez más útiles servicios a la revolución mundial y al establecimiento en el mundo de la tiranía marxista. Y todo esto, desde luego, sin que haya dejado de ser acusada, desde la extrema izquierda, de servidora del “capitalismo”, del “fascismo”... o del trotskismo.

Entre tanto los hijos y nietos del liberalismo, fácilmente se avienen a proclamarlo “superado” y se declaran dispuestos a renunciar a él, para invocar de un modo cada vez más raro no sólo de nuevo la libertad, y la democracia, y la justicia social, y la igualdad..., sino otras cosas más sorprendentes. Hemos visto citar como argumento de propaganda “anticomunista” un discurso de Tito en que se acusaba a la U. R. S. S. nada menos que de traicionar la auténtica doctrina de Carlos Marx.

Y así los votos “derechistas” y aun los “clericales” van a apoyar al “verdadero marxismo” y entre tanto “todavía así se continúa fracasando en el intento de conseguir votos “a la izquierda”!

La complicada situación del mundo

Parece lógico admitir que toda esta desgraciada serie de situaciones, que podrían ser sólo ridículas si no fuesen inmensamente trágicas, actualizan urgentemente una actuación orientada a despertar la conciencia de nuestros contemporáneos con el sentimiento vigoroso de los auténticos valores y criterios cristianos.

No, de ningún modo se puede renunciar a la formación de los fieles capaces de sentir su responsabilidad, en los principios cristianos auténticos, y en la negación también de los principios anticristianos. Sí, también, en la negación, que si el liberalismo — en el sentido en que la Iglesia lo juzgó y lo condenó — fué destructor del orden cristiano, su denuncia y su contradicción es elemento indispensable de una obra positiva, esencial para la preparación de una actitud que no resulte estéril e ineficaz.

Si a alguien le parece que recordar ahora las doctrinas de la “Inmortale Dei” o de la “Libertas” de León XIII, es olvidar que la situación presente del mundo es muy complicada, habrá que responder que sí, que efectivamente es muy complicada y tal vez más de lo que podemos todos pensar.

Pero ¿habrá que renunciar a hacer de la ley divina la norma de la actividad humana? ¿Dejaremos de pedir a Dios: “hágase Tu voluntad”? ¿Descuidaremos de hacer del “venga a nos el Tu reino” la norma de nuestra vida y el centro de nuestras aspiraciones?

El problema está en que el mundo moderno, todo él, en lo que tiene de más específica y originalmente “moderno”, ha sido construido contra Dios, y él aparta a los hombres del fin eterno para el que han sido creados. Esto nos decía el P. Lombardi no hace muchos días.

No por pesimismo, ni por espíritu negativo, sino por consecuencia cristiana se nos exige una santa intransigencia con el espíritu del mundo moderno. La actitud verdaderamente constructiva nos la impone sin remedio, porque hay que despertar en nosotros una aspiración inmensa: “Es todo un mundo el que hay que reconstruir desde sus cimientos...”

LAS CONSTITUCIONES LIBERALES O LA LEGISLACION VIGENTE

La Ley de Unidad Católica del III Concilio de Toledo

En nuestro anterior artículo, aparecido en el n.º 251 de esta Revista, expusimos en su última parte las razones por las cuales en España no cabe otra postura para el fiel católico que la defensa del tesoro patrio más preciado, que no es otro que la Unidad religiosa; rica herencia que nos legaron Recaredo y San Leandro en el III Concilio Toledano, y que nuestra Jerarquía Eclesiástica sigue defendiendo después de haber pasado ya más de trece siglos. Por religiosidad y por patriotismo debemos, pues, respetar y defender la mejor herencia espiritual de nuestra Patria, y más aún en las presentes circunstancias, que al amparo de la Ley, podemos levantar nuestras voces.

Al amparo de la Ley, decimos. Estos son los motivos que nos impulsan a escribir el presente artículo.

Por consiguiente, subrayaremos de las legalidades ilegítimas que el sectarismo liberal impuso a la Nación contra todo derecho, su esencial diferencia con lo legislado actualmente. Sin mencionar todas aquellas leyes, que, desde las malhadadas Cortes de Cádiz, se opusieron, ya descarada, ya arteramente, a los derechos inmutables de la Iglesia y al Reinado social de Jesucristo, exponremos tan sólo lo que osó legislar en cuanto a la libertad y tolerancia de cultos.

Ni el Estatuto de Bayona del intruso José, ni la Constitución gaditana, ni la progresista de 1837, ni la moderada de 1845 se atrevieron a decretar sobre dicha materia, quizás por no despertar más los ánimos del pueblo español incontaminado.

La Constitución revolucionaria de 1869. La legalidad librecultista y la Ley concordada

Engendro de la Revolución septembrina fué la Constitución, cuyo artículo 21 decía:

“La Nación *se obliga* a mantener el culto católico y sus ministros. El ejercicio *público o privado* de cualquier otro culto queda garantizado a todos los extranjeros residentes en España, sin más limitaciones que las reglas universales de la *moral* y del *derecho*. Si *algunos españoles* profesan otra religión que la católica, es aplicable a los mismos todo lo dispuesto en el párrafo anterior.”

Del citado Código revolucionario dijo Pío IX que “al ser públicamente sancionada la libertad de cultos, se había irrogado una injuria gravísima a la Iglesia en ese Reino y al Concordato que tenía fuerza de ley”.

El Código conservador de 1876 y la Iglesia. El tolerantismo legal y el Concordato de 1851

Pasó el período revolucionario con su monarquía intrusa y su república, y con todos sus crímenes inferidos a la Iglesia de Cristo, hasta que, restaurada la dinastía alfonsina, el jefe conservador Cánovas del Castillo legisló una Constitución, cuyo artículo 11 decía:

“La Religión Católica, Apostólica, Romana es la del Estado. La Nación *se obliga* a mantener el culto y sus ministros. Nadie será molestado en territorio español por sus opiniones religiosas ni por el ejercicio de *su respectivo culto*, salvo el respeto debido a la *moral cristiana*. No se permitirán, sin embargo, otras ceremonias ni manifestaciones *públicas* que las de la Religión del Estado.”

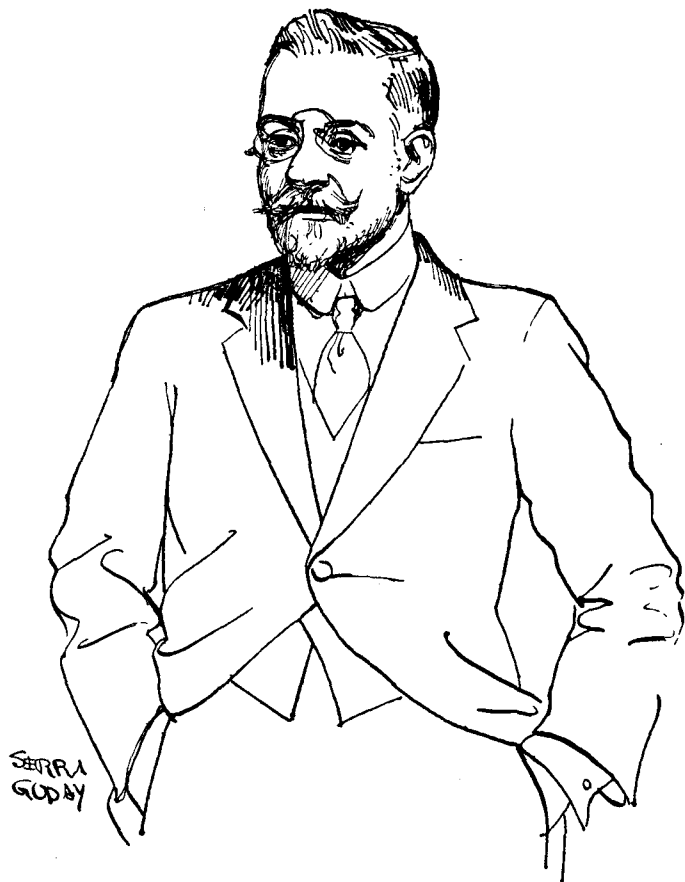
No fueron de extrañar las enérgicas protestas surgidas

de toda España, con los Obispos a la cabeza, contra semejantes desafueros. Y el inmortal Pío IX, en el solemne Documento dirigido aquel mismo año al Eminentísimo Cardenal Moreno, Arzobispo de Toledo, dijo de la tolerancia de cultos otorgada por el referido artículo 11, que “viola del todo los derechos de la verdad y de la Religión; anula contra toda justicia, el Concordato en su parte más noble y preciosa; hace culpable al Estado de tan grave atentado, y abierta la entrada al error, deja expedito el camino para combatir la Religión Católica y acumula materia de funestísimos males en daño de esa ilustre Nación, tan amante de la Religión Católica, que mientras rechaza con desprecio dicha libertad y tolerancia, pide con todas sus fuerzas que se le conserve intacta e incólume la Unidad religiosa que le legaron sus padres, la cual está unida a su historia, a sus monumentos, a sus costumbres, y con la cual estrechamente se enlazan sus glorias nacionales. Y esta Nuestra Declaración mandamos se haga pública...”

Interpretación gubernamental del artículo 11. Avances sectarios

Por Real Orden del 23 de octubre de 1876 se daba auténtica declaración de dicho artículo 11, prescribiendo su articulado:

“1.º—Queda prohibida toda manifestación pública de los cultos o sectas disidentes fuera del recinto del templo o del cementerio de las mismas. 2.º—Se entenderá manifestación pública todo acto ejecutado sobre la vía pública



Vázquez de Mella

o los muros exteriores del templo o del cementerio, que dé a conocer las ceremonias, ritos, usos y costumbres del culto disidente, ya sea por medio de procesiones o de letreros, banderas, emblemas, anuncios y carteles.”

Con la citada orden, el Gobierno conservador, interpretando exactamente la legalidad establecida, prohibió toda manifestación pública de las sectas disidentes y autorizó el ejercicio público o privado de los falsos cultos, a pesar de la Nación, de los Obispos, ¡y a pesar de Pío IX!...

Por otra Real Orden del 10 de junio de 1910, el anticlerical Canalejas derogaba la anterior. Este, y otros preceptos administrativos de sentido librecultista y notoriamente inconstitucionales, encubrían los crudos propósitos de los poderes ocultos.

**El Código del 76 y Vázquez de Mella.
El límite moral y la hipótesis**

Creemos de notable interés transcribir unos párrafos sueltos extraídos del insigne tribuno tradicionalista don Juan Vázquez de Mella en su “Crítica del Constitucionismo”, publicada en varios números de “El Correo Español” de los meses de febrero y marzo de 1911:

“El artículo 11 de la Constitución de 1876, convertido ya (¡progreso católico de la táctica del dolor piadoso!) en áncora para salvar a la Iglesia, es, como toda la obra, que es ornamento, otra maravilla de lógica. La primera proposición es *categorica*. La segunda, *exceptiva*, que restringe la anterior, y, en el fondo y fuera de su estructura gramatical, contraria, que la destruye. La tercera es otra proposición *restrictiva* de la anterior. Para extraer la esencia de todas y encerrarla en una sola, sería necesario antes escribir un *quodlibeto*. La primera proposición va seguida en el mismo párrafo, de la otra, que es una mentira, aunque *categorica* también: “La Nación se obliga...” ¿Y el Estado no? ¿Y quién la obliga? En realidad no se obliga, porque podría desobligarse, sino que está obligada, pero no directamente y por culpa suya, sino indirectamente y por culpa del Estado. Él perpetró el robo desamortizador, que no sólo perjudicó a la Iglesia, sino a la Nación...”

“Pero el límite moral que establece la segunda proposición es el elenco del artículo... “Salvo el respeto debido a la moral cristiana.” ¿Y qué moral es ésa? ¿La moral católica? No..., porque si se deja a salvo el respeto a la moral católica, no es posible respetar el artículo 11 que la destruye... ¿Y quién interpreta esa moral cristiana y el respeto que debe guardársele? Como no es la Iglesia, porque entonces no existiría el artículo 11, es la razón individual..., y entonces ya no es el deber la regla de la voluntad, sino la voluntad la regla del deber. ¿Y en qué consiste la inmoralidad más que en sublevarse contra el deber, para poner la voluntad encima? Los legisladores de 1876 quisieron obscurecer con el polvo doctrinario esa gran verdad: El orden moral es soberano y no puede estar bien guardado por la voluntad de un súbdito. Un orden inmutable supone, como intérprete supremo, una autoridad inmutable también, y, por lo tanto, infalible.

“El artículo 21 de la Constitución de 1869 es malo; pero, comparado con el 11 de la de 1876, resulta mejor. Por de pronto, no es hipócrita. No empieza diciendo que es católico, para añadir en seguida lo contrario. Es librecultista, pero parece que se avergüenza de serlo... Por lo demás, las Constituyentes de 1869 legislan previsora-mente para los extranjeros, y, por si acaso, para que no se escape nada a sus previsiones, para algunos españoles. Una Constitución democrática e igualitaria no podía legislar para todos, sino para algunos. ¡Oh el privilegio! Y ni aun sabía si existían. Y el ponerlo en duda era un



Cánovas del Castillo

respeto para la Iglesia, que, junto con la ausencia de doblez al no declararse católico, para no negarlo, pone el artículo 21 del Código del 69 por encima del artículo 11 del 76, aun cuando estén los dos a un nivel difícil de rebajar. Las dos Constituciones sostienen, con hipocresía o sin ella, el Estado ateo. El artículo 13, que permite “emitir libremente todas las ideas y opiniones, ya de palabra, ya por escrito”, no permite negarlo.

“¡Ese es el artículo 11 a que algunos católicos quieren acogerse como a una fortaleza para defender los derechos de la verdad, que vulnera del todo, según Pío IX!

“Si en 1876 no existía la hipótesis para establecer la tolerancia religiosa, y era no sólo justo sino obligatorio pedir el restablecimiento de la Unidad Católica, y, pocos años después y singularmente ahora, esa hipótesis existe, la consecuencia inmediata es ésta: los siete años de la Revolución de septiembre con su librecultismo, su proyecto de constitución civil del clero, sus ensayos de cisma, la ruptura con Roma, la persecución religiosa, la profanación de templos, las blasfemias públicas, la anarquía política y el desenfreno social, han sido mejores para la Iglesia que los primeros lustros de la Restauración... y los actuales. Y si no era lícito aceptar la legalidad del 76 (con aceptación positiva, se entiende, no como un hecho que se soporta mientras no se le puede destruir), ni en los primeros años inmediatos..., ¿cómo se quiere que la aceptemos ahora cuando se ha duplicado el mal?...”

**La Constitución republicana de 1931 y la «Iglesia del Silencio»
La Unidad Católica y sus mártires**

Implantada la II República persecutoria de la Iglesia, el artículo 27 de su Constitución estampaba sacrilegamente, como si la rabia masónica hubiera ya realizado su total y definitivo triunfo:

“La libertad de conciencia y el *derecho* de profesar y practicar libremente cualquier religión quedan garantizados en el territorio español, salvo el respeto debido a las exigencias de la *moral pública*. Todas las confesiones podrán ejercer sus cultos *privadamente*. Las manifesta-

ciones públicas del culto habrán de ser en cada caso *autorizadas* por el Gobierno. Los cementerios estarán sometidos exclusivamente a la *jurisdicción civil*... Nadie podrá ser compelido a declarar oficialmente sus creencias religiosas."

De todos es sabido que Pío XI protestó solemnísimamente contra tales leyes vejatorias, y que de la ley de congregaciones religiosas, consecuencia de la citada Constitución, dijo el Papa en Alocución dirigida a peregrinos españoles que "puede llamarse y considerarse como obra maestra de iniquidad, y, por usar un término moderno, un *record* de las leyes contra Dios y las almas".

¡Y pudo decirse impunemente, y desde los escaños del Poder, que "España ya había dejado de ser católica"!...

Esos y otros muchos atentados y atropellos tenían que conducirnos forzosamente al terror de los "sin Dios" y a la "Iglesia del Silencio", a la cual, con la ayuda divina, salvó del naufragio nuestra gloriosa Epopeya del 18 de julio, virtiendo en ella generosamente su sangre miles de mártires a los gritos impetuosos de ¡Viva Cristo Rey! y ¡Viva España!; lo que ocasionó un espectáculo, aunque aterrador, ejemplar e impresionante para toda la Cristiandad. Expresión unánime y símbolo sacrosanto de la Unidad Católica de España.

La Legislación vigente y el nuevo Concordato Obligado recuerdo de los mártires

El vigente Concordato del 27 de agosto de 1953, en su artículo 1.º expone:

"La Religión Católica, Apostólica, Romana sigue siendo la ÚNICA de la Nación española y gozará de los derechos y de las prerrogativas que le corresponden en conformidad con la Ley de Dios y el Derecho Canónico."

Y ahí va el artículo 6.º del "Fuero de los Españoles".

"La profesión y práctica de la Religión Católica, que es la del Estado español, gozará de la protección oficial.

"Nadie será molestado por sus creencias religiosas ni el ejercicio *privado* de su culto (1).

"No se permitirán otras ceremonias ni manifestaciones *externas* que las de la Religión Católica."

No cabe duda que la tolerancia otorgada por el vigente Código foral es mucho más restrictiva que la otorgada por el Código constitucional del 76, pues limita el culto a lo privado, y sin manifestaciones públicas, ni aun externas. Así está declarado oficialmente por la Iglesia española. De lo contrario, se violaría del todo el vigente

(1) Esta proposición se introdujo, según declara el Episcopado español, atendiendo a los extranjeros residentes en España.

Concordato en su artículo primero, que es su parte más principal y valiosa.

Alguien podrá objetar que dentro de los templos o iglesias puede ejercerse el culto privado. Naturalmente, pero lo que nadie nos podrá negar es que en su interior se ejerce principalmente el culto público, y que no se concibe templo o iglesia alguna sin el ejercicio público del culto.

Haciendo, pues, uso de la Ley, que, según las sabias normas que nos da el Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo-Obispo de nuestra Diócesis, "es el último recurso a que hemos de echar mano, pero al que no podemos ni debemos renunciar, llegado el caso, para impedir que siembren errores y herejías entre los católicos, para responder a la agresión y rechazarla al amparo de la Ley", protestamos desde estas columnas de CRISTIANDAD para que se conserve incólume la Unidad religiosa que nos legaron nuestros mayores y por la cual se virtieron torrentes de sangre que claman se desautoricen esos centros de falsas religiones abiertos al culto público — y a lo que no es culto —, focos del proselitismo invasor.

Y si algún *irenista* (2) cree lo que creyó Sagasta cuando dijo en el Congreso de Diputados en 1884 que "la Unidad Católica es una antigualla digna de ser conservada allá en los museos de historia, pero incompatible con el bienestar y la prosperidad de los pueblos", le responderemos lo que objetaron los Obispos españoles, rechazando la frase del impío, que "creemos con la Iglesia que la Unidad Católica es un derecho de Jesucristo, que sólo la Religión Católica es la que tiene el derecho exclusivo de informar la política de los gobiernos y las costumbres de los pueblos, y de ser protegida por los reyes y gobiernos, porque éstos tienen el deber de ser católicos de corazón y de oponerse a todos los demás cultos".

Sepan, pues, guardar la Ley los disidentes, tanto extranjeros como *españoles* (?), limitándose al culto privado, y no teman de nosotros, que a fuer de caballeros, no los coaccionaremos, pues la fuerza coercitiva sólo la merecen quienes perturban el orden social o la paz religiosa transgrediendo la Ley. De este modo se nos facilitará a nosotros poderles ejercer el apostolado, y a ellos, el deber de ingresar a nuestras filas, y todos, nosotros y ellos, nos quedaremos mutuamente agradecidos.

DANIEL BOIRA

(2) Nombre dado a aquellos de nuestros hermanos que, guiados de un imprudente celo de almas, se proponen reconciliar opiniones contrarias. (Hum. Gen.).

Nota de la Dirección: Plácenos advertir a nuestros lectores que en el artículo titulado: "¿Unidad católica o tolerancia de cultos?", aparecido en el n.º 251 de esta Revista, donde dice *tolerancia cristiana* (página 291, columna 1, línea 19) debe decir *tolerancia sectaria*.

Viene de la página 374

SOBRE LA ACTUALIDAD DE UNA ACTITUD ANTILIBERAL

Y también esto actualiza una actitud *antiliberal auténtica*. Bajo el nombre de "cristianismo de trascendencia", se nos viene a proponer una extraña "ruptura" con el mundo ¡Una ruptura cuya traducción práctica consiste en la transigencia y la colaboración con los más violentos enemigos de Cristo y de su Iglesia!

«Si todos los fieles comprendiesen...»

Terminaremos citando unas palabras de Pío XI:

"Cuanto con más indigne silencio se omite el nombre de Nuestro Redentor en las Asambleas internacionales y

en los Parlamentos, tanto más alto conviene que se proclame, y que se afirmen más por extenso los derechos de la realeza y el poder de Cristo."

"Sería deber de los católicos preparar y acelerar el retorno de la sociedad a Cristo... Si los fieles en general entendiesen su deber de militar esforzada y perpetuamente bajo las banderas de Cristo Rey, se esforzarían seguramente en reconciliar con Dios los espíritus hostiles o ignorantes y por defender incólumes sus derechos."

En el propósito de ser fiel a este llamamiento, y no en otra cosa, se funda y consiste el "antiliberalismo" de CRISTIANDAD.

FRANCISCO CANALS VIDAL

EDUCACION, SI, ¿PERO DE QUIEN?

Yo no sabría decir con certeza si se habla mucho de educación en nuestro país. Lo que sí que me parece poder asegurar es que más allá de nuestras fronteras se suele dedicar no poca atención al tema. Aunque luego se trate con desigual acierto.

Es el caso que, abrumados por el peso social de la delincuencia infantil, los gobiernos han tenido que tomar en todas partes serias medidas para aliviar la represión, fomentando la profilaxis. Hasta en el plano que pudiéramos llamar intelectual, y que afecta más de lo que parecen creer tales reformadores a la misma índole moral de la educación — si esto se advirtiera sería un desastre irreparable preocuparse tan poco de llevarla a buen término — hasta en ese terreno, repito, se intentan modificar de buena fe los planes educativos.

Y es que todos hemos ido cayendo en la cuenta de que es menester hacer algo. Pero ¿en qué sentido y sobre quién? ¿Educación de quién? La pregunta ahora y aquí no deja de ser sorprendente, por las siguientes razones bien sencillas y obvias: la primera estriba, me parece, en que he empezado hablando de delincuencia infantil; la segunda, menos circunstancial, consistiría en el hecho generalmente admitido de que la educación, en defecto de una inmediata aclaración de los términos, casi me atrevería a decir que por derecho propio, apunta al niño.

Y tiene que ser así, no faltaba más, aun cuando para llegar al niño, que dicho sea de paso es un ser más inaccesible de lo que cabe imaginarse, haya que dar ese que a veces resulta inacabable e inacabado rodeo. Sí, inacabado frecuentemente; por eso tantas y tantas tentativas de educación se han agostado en el fracaso más rotundo y lamentable.

Es, pues, lícito y además correcto pensar si es verdaderamente por el niño por donde hay que empezar; en resumidas cuentas, si no habrá que educar a los educadores. Y no a los pedagogos — que esto cae por su propio peso que sí — sino a los naturales compañeros — prescindamos ahora de los improvisados — que la sociedad sitúa en derredor del niño. Esto entra de lleno en el cuadro de una educación social, sin duda ninguna; de la que constituiría a modo de parcela, pero substantiva, la educación familiar.

Con todo, no me refiero exprofeso a ello. El hilo de estas consideraciones se enhebra por otro lado y remata en diversa, aunque no distante intención.

Primero advirtamos cómo corren en vano los gobiernos a taponar esas profundas brechas por donde a poco que se descuiden se les diluye el material humano de que disponen. Corren en vano, y no corren en vano; quiero decir que hasta cierto punto es lo único que pueden hacer; simplemente no tienen otro remedio.

A lo que no alcanzo a ver ya mayor y mejor explicación es a que las medidas preventivas se concentren en renovar la educación de los niños con rígidos planes estatales — ingenuos por falsamente nuevos —, en vez de constituir, y lo que es importante sobre todo, vigorizar la *tarea* misma educadora en general.

Porque si nos aplicamos a la tarea, acontecerá que el horizonte en el que la educación se desenvuelve adquiere *ipso facto* una dimensión asombrosa de totalidad, absorbiendo a fin de cuentas a todos los elementos que integran lo que bien pudiéramos llamar el “clima” infantil.

Probablemente esto exige una aclaración. Decía que no se trata aquí de lo que pueda referirse a la educación de los pedagogos; eso va de sí. Y sin embargo las anteriores

líneas parecen apuntar a ello. Sí y no. La tarea educadora es del pedagogo en principio, pero necesariamente le desborda. ¿Educación del niño o del adulto? Ahí está la paradoja que toda labor educativa encierra.

Y ya que he hablado de un “clima” infantil, diría que lo definitivamente buscado habría de ser un “clima” educador. Formación del ambiente, constitución de una corriente educadora en todo y en todos.

Creo que ahora cada uno de los lectores interesados en este asunto, benévolamente interesados en él, pero con un cierto escepticismo, está en su perfecto derecho de exclamar en sus adentros: para este viaje no necesitábamos alforjas. Yo creo, en cambio, que sí que se necesitan, y bien provistas, por lo menos de entusiasmo, para estar dispuestos a empezar siempre de nuevo un quehacer que social y personalmente se nos escapa de las manos a cada instante.

Ya sé que con todas estas consideraciones no se descubre Mediterráneo alguno; que en lo dicho reside el caballo de batalla de la cuestión; y que darle más vueltas es incidir siempre en el tópico. Por eso precisamente hablo de entusiasmo, de paciencia y de disposición confiada. Y por encima de todo, de meditación tensa. Si logramos tener siempre a punto el problema en nuestro corazón, sobre todo en nuestro corazón, está ganada, según me parece, la primera batalla.

Pero será mejor no detenerse más en esto por ahora. Estaba antes refiriéndome al “clima” educador para hacer hincapié en él frente a la monotonía de preceptos educativos de que se pretende dotar a los pedagogos, o frente a las normas de vida que se desearía infundir al educando, al niño. A este respecto tengo ante mi vista unas observaciones de una revista extranjera que pueden centrar nuestra atención. Ahí se lee, al margen de otras cosas no menos substanciales:

“En las comunidades estudiantiles, en los liceos, en las universidades, se asiste a la indiferencia de los “buenos” hacia los “malos”, fenómeno típico de nuestra época. Los buenos compañeros no poseen ya la energía de influir con su ejemplo y con su consejo sobre los demás. Si uno hace el mal, el compañero que podría refrenarlo se inhibe.”

Y añade a continuación, con el intervalo de dos puntos que me he atrevido a substituir por punto final: “teme ser objeto de irrisión”.

No sé si traduzco correctamente, pero en todo caso cae bien esa justificación de la conducta del “bueno” frente al “malo”: el temor a la burla. Y lo he separado del párrafo, que seguramente se comenta por sí mismo, porque merece especial mención.

Sin duda todos estamos pensando que aquí se trata de lo que se suele llamar “respeto humano”. Y es verdad, mas no toda la verdad ni mucho menos. Quizá nos hemos fijado demasiado en el “respeto humano” de estas actitudes, lo que nos ha impedido ver más allá o más acá lo que sucede, lo que está sucediendo hoy muchas veces entre bastidores. Y es el caso que resulta particularmente grave, y muy a cuento de lo que vengo diciendo desde el principio. Me sé yo de casos en que no existe “respeto humano” ni cosa que lo valga; quiero decir que pretenden unos estar “más allá del bien y del mal”, y otros sin pretenderlo lo están por otros factores, de los que ya haremos mención, que han consolidado previamente una línea de conducta inhibitoria.

Hay algo más que respeto humano en la actitud de inhibición por parte del “bueno”. Hay sencillamente indife-

rencia y despreocupación; hay carencia en absoluto de "clima educador", substituído por un ambiente de egoísmo burgués que, ese sí, corrompe a los buenos.

Cuando se nos dice que el "bueno" asiste indiferente a las actitudes del "malo", podrá haber en ello respetos humanos — no me atreveré jamás a negarlo — pero existe, con una presencia de mayor gravedad por ser radical, una ausencia de interés, si es que la ausencia puede existir y estar presente: como cuando decimos de una persona que está ausente porque *no presta atención*, es decir, porque no tiene dispuesto su espíritu a lo que se le dice, aunque se halle de cuerpo presente, que es como estar sin estar, así, pues, como un cadáver.

El "bueno" acaba no estando ni en contra ni a favor; lo que a su alma acontece es que aquello le tiene sin cuidado. Esta es la lamentabilísima realidad. Pero lo que objetivamente convierte de lamentable en estúpida esta situación es que alguien dedique los ocios de su pensamiento a dictar leyes de enseñanza y de educación. No es que el legislador sea un estúpido, sino que la realidad concreta que plantea su legislación — buena y probablemente sincera, lo digo sin reticencia alguna —, resulta al fin y a la postre incongruente y absurda, y en consecuencia estúpida, como me he atrevido a calificar.

Apunto concretamente a esta realidad de los hechos y del "clima educador", e insisto en la línea fundamental de estas consideraciones: hay algo que perturba substancialmente la tarea educativa; la educación, que se dirige a los niños, debe proponerse antes que nada — como lo hace la madre que espera a un hijo de sus entrañas — disponer el medio donde aquella tarea se ha de desenvolver. Y del mismo modo — incluso con exquisitez — se prepara una fiesta mundana donde la sorpresa para el homenajeado requiere un previo acuerdo entre todos los asistentes, así la educación urge una modificación radical de todos los que a ella van a asistir. Por la misma razón preguntaba al principio: educación, sí, ¿pero de quién?

Un solo remedio se me antoja a este tremendo problema — ¿vacilaremos en calificarlo de tal? —, porque una sola causa advierto en su planteamiento. Reconozco que es volver a incidir en el tópico, pero ¿y qué importa si las cosas son así? La causa anunciada no puede ser otra que el egoísmo materialista y burgués que hoy invade a la sociedad de los hombres. Es una enfermedad que se ha asentado de forma epidémica en el espíritu y en el corazón

de la gente. Y lo que ya no resultaría tan tópico, por menos advertido, sería prolongar estas apreciaciones generales hasta nuestras propias acciones individuales y hasta las de los demás, situándonos en el caso de ese hombre "bueno" que asiste con indiferencia a la vida de su compañero "malo". Más todavía, podemos suponer hasta que ese "bueno" es un educador. Pues bien, asistamos rápidamente a su experiencia.

En él se ha infiltrado aquel espíritu mezquino. Y si esto casi resulta impensable, anotemos, sin embargo, tal desagradable realidad desde el instante en que a este hombre se le empieza a desvincular de sí mismo, o si se prefiere decirlo de otro modo, de su propia profesión. Las primeras dificultades quizá son de tipo económico. En cualquier caso éstas son importantes. No es que le retribuyan de modo insuficiente por su *estipulada* labor, que esto quién se atreverá a afirmar que sea cierto; pero el mal es más hondo. Y es más hondo porque afecta a la intimidad de nuestro hombre, debido a tres razones recurrentes entre sí: por lo pronto, porque no se absorbe a toda su persona, con las gravísimas consecuencias que esto comporta; en segundo lugar, porque se le coloca en trance de dispersión; y finalmente, porque de un modo positivo se le inyecta el espíritu burgués, que es lo que en definitiva le hace capitular ante una serie de miserables exigencias.

Sin meta, sin ideal, sin ocupación, al desligarse de sí mismo ha terminado por desentenderse de todo lo demás. Y desempeña entonces el triste papel de parásito de la sociedad, en el mejor de los casos, puesto que en el peor, se convierte en enemigo público número uno de toda educación.

Y si alguien se sonriese ante el aparente simplismo de estas apreciaciones, objetando: ¿y esta es toda la experiencia a que se nos quería hacer asistir?, yo les diría, a quien se las prometiese más felices, que ahí se acaba la experiencia irremediablemente.

Si convenimos en que aquí está la causa, el remedio resulta fácilmente formulable. Lo que trae consigo mayores dificultades no será ya sino la aplicación. Y esto sí que es harina de otro costal.

Clamemos, pues, sí, por la educación; nunca habremos clamado bastante; pero no caigamos ya en actitudes pueriles: ¿educación de quién? Porque luego acaso la vida pulveriza, si no todos nuestros sueños, nuestras ilusiones y nuestros anhelos, sí todas nuestras teorías.

FRANCISCO HERNANZ

«¿Qué podrían hacer, por consiguiente, los cristianos en la hora presente, en que la unidad y la paz del mundo, y aun las fuentes mismas de la vida, están en peligro, sino volver la mirada hacia Aquella que aparece ante ellos revestida del poder real? De la misma forma que Ella envolvió en su manto al divino Niño, primogénito de todas las criaturas y de toda la creación, dignese ahora proteger a todos los hombres y a todos los pueblos con su vigilante ternura; dignese, como Sede de la Sabiduría, hacer que refulja la verdad de las palabras inspiradas, que la Iglesia aplica a Ella: «Por mí reinan los reyes y los jueces administran la justicia; por mí mandan los príncipes y gobiernan los soberanos de la tierra». Si el mundo en la actualidad lucha sin tregua por conquistar su unidad, por asegurar la paz, la invocación del reino de María es, por encima de todos los medios terrenos y de todos los designios humanos, deficientes siempre de algún modo, la voz de la fe y de la esperanza cristiana, sólida y segura de las promesas divinas y de las ayudas inagotables que este imperio de María ha difundido por la salvación de la humanidad».

(Discurso del Santo Padre al instituir la fiesta de la Realeza de María. - 1.º noviembre 1954)



¡Alerta, se nos acusa!

Y lo triste es que la acusación nos llega de varios conductos, y por personas solventes. Y no soñábamos, no, cuando la recibimos. ¿Nos cogió de sorpresa? Tampoco. La esperábamos, mas no tan categórica, y menos que nos viniera de tan diferentes puntos.

—Pero, vamos a ver, ¿de qué se nos acusa?

—Nada menos que de hipócritas. Pues sí, señores; el catolicismo español está embardunado de hipocresía. Y no se crea que los fiscales en nuestro caso hayan sido solamente sacerdotes franceses. Lo hemos oído de portugueses e italianos que nos han visitado a invitación de algún amigo —no, por tanto, en visión fugaz— y han seguido nuestra vida cotidiana de piedad y han recogido la conducta pública de aquellos que les parecía haber visto por la mañana en el templo, a lo mejor comulgando. Voy a concretar más. No hace muchos días, pasando por una parroquia de allende las fronteras y cumpliendo con un deber de cortesía sacerdotal, visité a su dignísimo párroco. No era la primera vez que se me abrían fraternalmente las puertas de su mansión rectoral. En nuestro cambio de impresiones no podía faltar el tema de España, el político y el religioso. Si el respetable hermano no llega a hablar correctamente el español, sigue al menos la conversación en nuestro idioma. Estábamos los dos en igualdad de condiciones, y eso da un atractivo más a nuestros lazos sacerdotales. Además me llevará unos treinta años de ventaja, que le colocan por su experiencia en un plano superior para emitir juicios, para lo cual halla en la bravura de su temperamento sobrada ayuda. “Oh, el catolicismo español, el catolicismo español— exclamó en una de sus espontáneas interrupciones—, hay mucha hipocresía, mucha.” Me citó el caso de una población catalana, por cierto muy conocida de los dos españoles que disfrutábamos de aquella interesante cuan amigable charla. Tendrá unos doce mil habitantes, y antes era conocida por una de las poblaciones

más levíticas de la región. Por desgracia hoy ha descendido notablemente en nivel moral. “Ya le dije a mi amigo (el cura-párroco) cuando salimos por la tarde a paseo: Mira, mira, ahí tienes a los que esta mañana estaban en la iglesia y habrán venido seguramente a comulgar...” No es necesario que traslade *usque ad unguem* todas las palabras, si nos basta el botón de muestra para meditar sobre esta acusación que, repito, se me ha hecho en tierras lusitanas, italianas y francesas, y por sacerdotes que ejercen cargos en curias, en seminarios y en parroquias.

—Vaya descubrimiento, me van a interrumpir algunos; si ésto hace años que lo decimos también nosotros.

—Despacio, despacio, porque en la parte que me toca, no quiero considerarme en el número de estos *nostros*. Voy a explicarme.

Nuestro amor propio, racial casi siempre, según puede comprobarse, reacciona contestando a los acusadores: “Médico, curate a ti mismo.” En aquel día mi compañero fué lo primero que observó tan pronto como nos vimos en la calle: “No sé cómo se atreven a hablar así de nuestro catolicismo, cuando el de su pueblo...”. No sigas, le repliqué, que en esta acusación podemos ver dos caras, la buena y la mala. Miremos primero la mala, y en el fondo percibiremos una luz que no debemos despreciar. Vayamos por partes.

Analícemos ante todo el hecho. Era cierto que *algunos*—no tantos como suponía la manera de generalizar del amigo—, de los que habían ido a comulgar no conformaban su conducta a sus prácticas piadosas. Este *algunos* podemos cambiarlo en *muchos* tratándose de los que sólo asisten a misa; y la acusación será más conforme a la verdad si se refiere a los que siendo bautizados presentan ya los síntomas de la indiferencia. Podemos, sin embargo, excusarle la forma de emitir su juicio, porque es una tendencia del hombre, máxime si se deja llevar del calor temperamental, el sacar conclusiones generales de un hecho determi-

nado, sobre todo en el lenguaje familiar.

Con estas salvedades, pues, podemos admitir el hecho. Más aún. Creo que rezan también para España las palabras de la *Carta* que la Sagrada Congregación del Concilio ha dirigido a los Ordinarios de lugar: “Así ante todo (el Augusto Pontífice) deseó que *la juventud generosa y gallarda crezca pura e íntegra y no permita que la flor lozana de su edad se inficione con el aire de este siglo corrompido ni se aje con los vicios; que sus desenfrenados deseos y sus impetuosos ardores sean gobernados con justa moderación, y, apartándose de toda insidia, no se vuelvan hacia las cosas dañosas y deshonestas, sino que se eleven a todo lo que es bello, santo, amable y excelso* (FulgensCorona). ESTAS EXHORTACIONES DEL SUPREMO PASTOR, AUNQUE HAN PRODUCIDO SIN DUDA NO POCOS HERMOSÍSIMOS FRUTOS, SIN EMBARGO, HAY QUE DECIRLO CON DOLOR, NO TODOS LOS QUE EL SUMO PONTÍFICE DESEABA, ESPECIALMENTE EN LO QUE TOCA A LAS COSTUMBRES PÚBLICAS Y PRIVADAS.”

Lo confesamos también con pena. Ya indicamos en nuestro artículo anterior, escrito unos cuantos días antes de esta Carta, que a nuestro juicio la palabra del Papa no se aprecia por los católicos como es debido. Confesamos además que, a pesar de tantas peregrinaciones y actos marianos, nuestras juventudes no hacen—no han hecho—lo que pueden, y quien dice juventudes dice familias, hechas siempre las excepciones de honor. Y como nuestros vigilantes Prelados han pronunciado su palabra pastoral, no es del caso insistir. Si hemos hecho esta referencia ha sido para contribuir un poquitín más a la eficacia de la consagración de España al Inmaculado Corazón de María.

Ahora bien, admitido el hecho de una conducta que no se compagina con la otra, ¿se sigue que el tal hombre es un hipócrita? ¿se sigue que nuestro catolicismo esté embardunado de hipocresía?

Una atenta consideración nos descubre más bien una debilidad y flaqueza en tales espíritus. La hipocresía es un fingimiento o apariéncia de cualidades o sentimientos. El hipócrita finge o aparenta lo que no es o lo que no siente. Y ¿quién se atreverá a decir que aquella persona que ha ido a comulgar no cree en la Eucaristía, o el que va a misa finge poner un acto de religión en el que no cree? La observación tiene a nuestro entender más importancia de lo que a simple vista parece. Porque aparte de ser injustos en nuestra apreciación, injusticia que de tratarse de cosas humanas nos ofendería en lo más íntimo, corremos el peligro de atacar una en-

fermedad en lugar de otra, o bien, no hacer caso de remedios que se nos dan para una necesidad actual y que nosotros creemos que no lo es para los de nuestra casa.

En otros términos. La hipocresía la consideramos como *la última fase de la enfermedad que ataca a nuestro catolicismo*. A eso se llegaría de seguir la ruta que siguen algunos de los nuestros, en número más o menos mayor — cuidado, no obstante, en el exagerar — según las regiones y, de entre ellas, según las provincias. Aparte en nuestro catolicismo podemos ver toda una gama antes no se llega al verdadero hipócrita. Quizás nos daría luz el mensaje Navideño de Su Santidad (en 1941): “Cuando se indagan las causas de las ruinas actuales que dejan atónita a la humanidad que las contempla, se oye afirmar no raras veces que el Cristianismo no ha sabido cumplir su misión... (recuerda a este fin como un argumento *ad hominem* los mártires y los prisioneros y los dolores desde los comienzos de la civilización cristiana — nosotros podríamos recordar la parte que tenemos en ello —. No. El Cristianismo, cuya fuerza dimana de Aquel que es camino, verdad y vida, y que está y estará con Él hasta la consumación de los siglos no ha faltado a su misión, sino que los hombres se han rebelado contra el Cristianismo verdadero y fiel de Cristo, se han forjado un cristianismo a su talante, un nuevo ídolo que no salva, que no repugnan a las pasiones de la concupiscencia de la carne, a la codicia del oro y de la plata, que fascina la vista, y a la soberbia de la vida; una nueva religión sin alma o un alma sin religión; *un disfraz de Cristianismo muerto, sin el espíritu de Cristo.*”

Es aquí donde vamos a parar, si no se aplica la medicina, que ha de ser a base de específicos y con diferentes dosis. La razón es clara.

Mientras hablamos de hipocresía en el catolicismo español, incluso entre los nuestros, parece que nosotros — los que queremos pasar por más perfectos — tenemos derecho a excluarnos del problema, como si fuéramos incontaminables e incontaminados. Y este es nuestro engaño. También nosotros nos forjamos nuestros cristianismo, es el cristianismo a nuestro talante, si queréis en su fase inicial. Si no, ¿por qué no llega a conmocionar nuestra conciencia nacional la cruzada, pongamos, del mundo mejor? Porque topa con toda esta gama; no porque seamos unos hipócritas. Poned Cristianismo puro y llegaremos al cabo de la calle. Es decir, España prestará entonces las grandes reservas que — a pesar de tanta endemia como nos aqueja, podríamos ofrecer aún. Y

ésta es la parte buena a que aludíamos, pues en el fondo de la acusación — nunca digamos que son los celos o la envidia que hacen hablar así a nuestros amigos (ya no lo serían), late como cierto desencanto, el de no ser verdad tanta belleza o lo que es lo mismo, que de nosotros, de nuestras virtudes españolas, esperaban sacar el espejo para su pueblo. Y esa estima u opinión debemos agradecerla para mejorararnos. Por eso hemos escrito el ¡alerta, que se nos acusa! No seamos piedra de escándalo. Que la Virgen Inmaculada, con el aroma de su eximia santidad que brota de su Cora-

zón Inmaculado, nos atraiga a todos a sentir en la medida de nuestras fuerzas como Ella siente. Entonces también amaremos tal como se debe a nuestro Señor Jesucristo. Y si alguien me pidiera para su hogar unas orientaciones prácticas con el fin de que esta petición a nuestra Madre no fuera solamente de palabra, le aconsejaríamos la lectura familiar — si no es posible la meditación — del discurso que Su Santidad dirigió a las mujeres de Acción Católica italiana con ocasión de su XL Congreso (año 1949, núm. 136 de nuestra revista de 15 de noviembre).

MARTIRIÁN BRUNSÓ, Pbro.

«Los intereses creados», farsa demoledora

La representación de “Los intereses creados”, de Benavente, por la Compañía “Lope de Vega”, nos permite hincar el diente — sin renunciar a la actualidad — en los problemas ideológicos de la obra.

No es cosa de mirar la comedia con desprecio, como por encima del hombro y como si se tratara de cosa baladí. En “Los intereses creados” hay una dosis demasiado grande de escepticismo y desengaño para que podamos dejarla pasar por nuestros escenarios sin un comentario que busque algo más que los valores puramente teatrales y escénicos.

No es cosa de rasgarse las vestiduras. Pero sí de declarar que Benavente creó una farsa dotada de un íntimo sentido revolucionario.

La subversión de Crispín — ese personaje ágil y gracioso que se nos antoja arrancado de un Teatro de marionetas —, no es la subversión hueca de un muñeco de la Farsa italiana.

La aventura de Crispín, que se complace en enredar los hilos alrededor de la figura de Leandro, conserva las líneas y el sabor de nuestra tradicional Comedia de intriga y enredo. La figura del criado pícaro, que es como el doble del señor y un complemento del que éste no sabe prescindir, tiene gran raigambre en nuestra literatura dramática. Aparece con fuerza trágica en *La Celestina*, y perdura con tenacidad a lo largo de la época más gloriosa de nuestro Teatro.

En Lope, en Tirso, en Moreto..., llamamos siempre, al lado del caballero, la figura de su servidor. Es el gracioso. Es, las más de las veces, la expresión del sentido realista al lado del idealismo — muchas veces exuberante y desenfadado — del señor. Lo

que no ocurre en nuestro Teatro tradicional es que la figura del criado desplace y aun anule plenamente a la del caballero, que se convierte en una sombra.

Benavente ha heredado el pícaro del Teatro Español; pero ha dejado reducido el caballero a un figurón sin savia, sin personalidad. Como en uno de los mejores aspectos de nuestra novela, el cinismo del pícaro es lo único que triunfa.

Claro que esta actitud teatral, en esa obra en que la finura de un ballet se funde con las más sangrientas pinceladas de una sátira despiadada, oculta una posición ideológica. No se juega con los personajes únicamente por recrearse en el juego. No se ridiculiza implacablemente al capitán, al poeta, al magistrado, a los nobles, por el placer de saborear asépticamente y sin malicia el arte de la sátira.

El estreno de “Los intereses” se remonta al año 1909. La obra de Benavente aparecía sobre las tablas como una revolución de salón en un país que empezaba a sentirse agitado por una revolución demasiado de carne y hueso. 1909 es el año de los sucesos de Melilla, del desastre del Barranco del Lobo, de la actuación de Ferrer Guardia y del brutal desencadenamiento de la Semana Trágica en Barcelona.

Es posible que estos acontecimientos no tengan una relación directa con la obra que Benavente presentaba al público español. Como no la tenía “El Barbero de Sevilla”, de Beaumarchais, con la Revolución que se avecinaba. El Benavente de “Los intereses” es sólo un revolucionario de salón o un revolucionario de arte menor cortado a la medida y al gusto de las damas de la aristocracia. Pero,

EL BIELDO Y LA CRIBA

al fin y al cabo, un revolucionario.

Y su obra una formidable negación.

Mejor: una serie de negaciones, y una sola afirmación. Se niega el heroísmo militar, se ridiculiza el desinterés cultural en la figura del poeta, se abaja hasta la vileza más imaginable a la Magistratura... La nobleza y la hidalguía son valores que no pueden subsistir si no se apoyan en la trampa. Leandro no es nadie si no le acompaña Crispín.

Y Crispín es el personaje fuerte de la farsa. El verdadero héroe de este pedazo de vida que Benavente quiso evocar.

Es posible que, a lo largo de las representaciones de que ha ido siendo objeto la obra, muchos espectadores ingenuos hayan caído en el engaño. Una valoración superficial puede hacerlos creer que Benavente está reprobando duramente la farsa hecha de egoísmos y de maniobras inconfesables que va tejiendo a diario la vida. Por encima de esa lucha del egoísmo del hombre por conquistar a mordiscos el placer, se alza el amor romántico, como un cielo de paz sobre nuestras vidas agitadas. Leandro y Silvia serían, en tal caso, la verdadera moraleja de la obra.

La vida está hecha de cinismo, de hambre desesperado de aprovecharse de los demás. El señor Polichinela, uno de los personajes de más prestigio en la ciudad, no es más que un redomado bribón a quien Crispín había conocido en galeras. Y los que no se mueven en este ámbito de vileza, son seres despreciables, desdichados: como el Capitán y el poeta Arlequín.

El ejército está formado por hombres desalentados, sin nervio, juguetes de los comerciantes. Los magistrados son ruines y venales.

Pero, todavía, en ese horizonte de nieblas, hay algo que puede redimir a la Humanidad: el amor.

Diríamos que Benavente no creía en el amor romántico. ¿En qué diablos iba a creer? Sentimos en "Los intereses" la presencia de un hombre desengañado de todo.

Como ha dejado de creer en el he-

roísmo y en la Cultura, y bajo la cuerda sólo mira miseria y venalidad, no cree en los sueños de los enamorados. La apoteosis de los intereses, los amores felices de Leandro y Silvia, y las palabras de ésta al final de la obra, no son más que la tapa de la cazuela o el tejado de hojaldré del pastel. Era necesario taparlo para no herir sensibilidades. Un procedimiento que no es nuevo en nuestra Literatura: con un prólogo o un desenlace se oculta la carne del pastelón.

Pero siempre hay rendijas. Y la luz se filtra. Como cuando en ese maravilloso acto del jardín, que nos recuerdan las fiestas galantes de los jardines de Moreto, Crispín, en colloquio con Doña Sirena, nos revela el verdadero sentido de la obra. Nadie piense salvarse en la lucha de la vida si no acude a la ruindad. El caballero, si no quiere zozobrar, ha de obrar como el truhán. Pero, para no manchar su buen nombre, es bueno que el señor y el bribón, por muy unidos que anden, sean dos personajes distintos. El uno, la apariencia del honor; el otro, la cínica realidad de la picardía.

La confesión de Crispín, ¿no será acaso el sentir del propio don Jacinto Benavente? ¿No habrá pensado éste, con su personaje, que por muy feo y desagradable que todo esto sea, ese mundo de egoísmo, de hambre de materia y de placer, en que sólo triunfa el cinismo descarnado, todo esto es una necesidad? Y ¿no habrá optado por aceptar esa necesidad con una carcajada sangrienta?

Podrá pensarse lo que se quiera. Pero algo quedará siempre en pie. Si "Los intereses creados" han alcanzado una resonancia universal, es por su valor de símbolo, por los problemas humanos, por el pensamiento sobre esta lucha del hombre, una lucha brutal, para subsistir sobre la tierra.

Obra negativa, obra disolvente. Quizá algo más peligrosa que una revolución de arte menor.

Años después, en 1916, Benavente, quizá algo asustado de las conclusiones que podían deducirse de sus "Intereses", brindó al público una segunda parte, "La Ciudad alegre y confiada", que es una exaltación del Patriotismo.

FRANCISCO SALVÁ MIQUEL

Sobre la noción de «patriotismo»

Si buscáramos en nuestra Historia moderna un hecho que poner como modelo y ejemplo de patriotismo, tal vez no encontraríamos — por lo menos así se ha creído hasta ahora — ninguno que le ganara la palma a la "Guerra de la Independencia". Sin embargo ha progresado tanto la Historia, que actualmente hay investigadores que se han quemado las cejas para demostrarnos que los "afrancesados" fueron excelentes patriotas; y no sólo eso, sino que en el bando que luchaba contra la invasión sólo merecían ese excelso nombre los liberales que habían de formar las Cortes de Cádiz. Los llamados "absolutistas" — la mayor parte del pueblo — sólo luchaban "por su religión y por su Rey": no tenían patriotismo, porque,

según esos investigadores, ese nombre sólo significa "defensa del territorio contra el invasor". Por eso, como los absolutistas permitieron en 1823 que las tropas de la Santa Alianza — los cien mil hijos de San Luis — entraran en España para derrocar a la Revolución, no tienen ningún patriotismo.

Si esto es así, ¿cómo vindicarán el "patriotismo" de nuestra Cruzada ese sector de escritores, siendo evidente que se luchó más por *nobles ideales* que puramente por un territorio?

Tengo para mí que más sentirían los héroes de nuestra Guerra de la Independencia y los de nuestra Cruzada, la invasión de nuestras inteligencias que la de nuestro suelo, porque... haya inteligencias sanas y habrá pechos que se opongan al invasor.

PABLO LÓPEZ CASTELLOTE

LIBROS RECIBIDOS

En esta sección se reseñan las obras, de las que en nuestra Redacción se reciben dos ejemplares, sin comprometernos, no obstante, a publicar recensión bibliográfica alguna, por falta de espacio, a no ser en los casos en que la obra se adapte de un modo especial a la índole de nuestra Revista.

Juan Flors, editor. - Barcelona

LOS SACERDOTES-OBRREROS Y EL CATOLICISMO FRANCÉS, por José María García Escudero, de la colección «Remanso». Barcelona, 1954.

ASCÉTICA DEL HOMBRE DE LA CALLE, por Lamberto de Echevarría, de la colección «Remanso». - Barcelona, 1954.

Editorial Difusión. - Buenos Aires

SILABARIO DE LA TEOLOGIA, por Mons. Francisco Olgiati, de la Universidad Católica del Sagrado Corazón. - Trad. de Daniel J. Ruiz. Colección «Instrucción Religiosa» n.º 53. - 1954.

VIDA DE LA FE, por Romano Guardini. Trad. de Sofía de Zarza. Colección «Kempis» n.º 66. - 1954.

SOBRE EL PROBLEMA DEL APOSTOLADO MODERNO

El tiempo no tiñe de palidez la letra vigorosa de la pastoral que, por la Epifanía de 1953, dirigió a sus diocesanos el Obispo de Campos, en el Brasil, Rvdo. Dr. D. Antonio de Castro Mayer. Hoy volvemos a ella y la impresión de actualidad que nos produce su lectura tiene idéntica frescor que la del primer día. Pensando en nuestros amigos de América, los que, casi desde la primera hora, siguen con gozosa expectación y estimulante afecto el periplo cultural de CRISTIANDAD, no menos que en nosotros mismos, los españoles, creemos oportuno insistir sobre el tema objeto de la Pastoral.

Monseñor de Castro Mayer quiere adoc-trinar a sus fieles sobre los problemas del apostolado moderno. Que éste sea el fin de la Pastoral, se desprende con toda evidencia de la sola lectura del título, que dice a la letra: "Sobre problemas del apostolado moderno". Ahora bien, es posible que más de un lector, apenas iniciado el texto, haya experimentado sorpresa, si habiendo imaginado acaso, por el título, que la Pastoral podría ser una exposición de métodos para solventar en la práctica ciertas dificultades con que, por efecto de las circunstancias, tropieza el apostolado de los seglares, echa de ver al momento lo que es en realidad y a lo que apunta en concreto.

"Importa, nos dice el Prelado de Campos, en el mayor de los grados, lanzar unidas y disciplinadas a todas las fuerzas católicas, todo el ejército pacífico de Cristo Rey, a la conquista de los pueblos que gimen bajo las sombras de la muerte, seducidos por la herejía o por el cisma, por las supersticiones de la antigua gentilidad, o por los múltiples ídolos del neo-paganismo moderno".

Pero, añade—y por ello presumimos ya al comienzo dónde sitúa el Prelado la meta de su Pastoral—: "Para que esa ofensiva general tan deseada por los Pontífices sea eficaz y vigorosa, es necesario que las propias fuerzas católicas permanezcan incontaminadas de los errores que deben combatir. La preservación de la Fe entre los hijos de la Iglesia es, pues, una medida necesaria y de suma importancia para la implantación del Reino de Cristo en la tierra".

Sin género de duda, existe hoy en esta materia una cuestión, que, podríamos llamar, de previo y especial pronunciamiento, y que consiste en comprobar si todos los presuntos conquistadores tienen clara conciencia de lo específico que distingue la labor que quieren realizar por medio de la conquista.

Decimos que vamos a ganar el mundo para Cristo. Este es el lema de nuestro apostolado, de los católicos sin distinción. Esto supuesto, interesa sepamos todos en qué ha de consistir la transformación que pretendemos de los demás y cuáles deben ser sus resultados, para que pueda decirse en rigor que han sido captados para Cristo. En fin de cuentas, tan sólo en virtud de una típica operación, que se desarrolla en el sagrado del alma, a impulsos de la gracia divina, cabe hablar de la transformación positiva y real del mundo en Cristo: aquella que hace al hombre cristiano según el sentir de la Iglesia Jerárquica, que diría San Ignacio de Loyola. Convertir, para nosotros, los hijos de la Iglesia, es hacer al hombre cristiano y no simplemente y de un modo natural más caritativo de lo que antes era o pudo ser, ni tampoco dotarle de una vaga aspiración de tipo espiritual o religioso, si acaso antes carecía de ella.

No sin razón, aparentemente, podrá objetársenos, que todo eso, si bien es cierto, no deja de ser conocido de todos y que, por lo

mismo, sobra el recordarlo. A cualquiera se le alcanza, en efecto que, para predicar el cristianismo, se ha de hablar de Cristo y de su Iglesia. no de Buda y sus bonzos. Desde luego. Pero, al llegar a este punto, se nos viene a las mientes un acertijo del género que sirve para aguzar el ingenio de los estudiantes y que no hace demasiado gozaba del favor del público. "Dígame, usted, señor Pérez, preguntaba el profesor, ¿en qué se diferencia un cepillo de dientes de un elefante?". La pregunta era sencilla, pero así, de golpe, Pérez no daba con la respuesta adecuada. Solemne, magistral, intervenía entonces el profesor, en medio del regocijo hilarante de la clase: "Pues..., ándese usted con cuidado, no sea que queriendo comprar un cepillo de dientes, le coloquen a usted un elefante". Indudablemente, Pérez sabía que una cosa es un cepillo de dientes y otra un elefante, pero ni sus criterios lógicos ni sus conocimientos sobre la naturaleza concreta de cada una de las dos cosas, se bastaban para suministrarle los datos precisos para establecer la exacta distinción. Afortunadamente, ni a Pérez ni a nadie se le exige en tienda alguna una definición exacta, por género y especie, de lo que piensa adquirir. Pero, eso no quita, que en otras materias, la capacidad para distinguir resulte indispensable, como consecuencia natural de un previo y necesario conocimiento del asunto. Así, en materia de religión, mayormente para los que profesando una creencia, intentan hacer partícipes de ella a los demás. No se trata de asegurar que no se da el caso entre cristianos de no saber que Cristo es el Hijo de Dios y Buda el jefe de una secta pagana. Se trata únicamente de afirmar que una de las características por la que se llega a comprender el por qué de muchas otras, de nuestros tiempos, es la confusión. Y que, en tal caso, el remedio para no incurrir en ella está en una adhesión a fondo a la doctrina de la Iglesia y al magisterio de la Jerarquía.

En su incesante vagar desde la aparición del Cristianismo, el error y la herejía han aprendido mucho, y progresado más, en métodos y sistemas. Un ataque frontal y al descubierto estaría hoy, más que nunca, tal vez, condenado, apenas nacido, al fracaso. Se impone una táctica de infiltraciones, que saque partido de la disposición del terreno. Y el terreno es hoy, no hay que olvidarlo, el medio contradictorio en que nos movemos, y que en sí mismo constituye frecuentemente una exaltación de lo material, a la que, sin darnos cuenta, prestamos, a las veces, nuestro concurso.

Presos, por una parte, de la materialidad del vivir, rezumante, a menudo, de paganismo como en ninguna otra de las edades cristianas, y sintiendo, por otra, los impulsos de ceder al reclamo de la gracia, el deseo de conciliar ambos extremos surgirá en nosotros, como una exigencia que ha de antojársenos, de tejas abajo, lógica y natural, si no ya honesta en sí misma.

Aceptar, siquiera sea en principio y con ciertas salvedades, la necesidad de semejante conciliación, supone tanto como mostrarse propicio a convertirse en pasto de confusiones. ¿Quién nos asegura entonces que, en algún caso, pesando aludir a Cristo, no hablemos en realidad de Buda? Más que nunca, el enemigo opera hoy entre nosotros mismos.

"Esta tendencia, señala el Rvdo. Prelado de Campos, a conciliar los extremos inconciliables, a encontrar una línea media entre la verdad y el error, se manifestó desde los comienzos de la Iglesia. El Divino Salvador previno ya a los Apóstoles contra

ella: "Nadie puede servir a dos señores". Condenado el arrianismo, esta tendencia da origen al semi-arrianismo. Condenado el pelagianismo, ella engendró el semipelagianismo. Fulminado en Trento el protestantismo, ella suscitó el jansenismo. Y de ella ha nacido igualmente el modernismo, condenado por el Beato Pío X, monstruosa confluencia del ateísmo, del racionalismo, del evolucionismo, del panteísmo, en una escuela dispuesta a apuñalar traicioneramente a la Iglesia. La Secta Moderna tiene por objetivo, permaneciendo dentro de ella, falsear con argucias, sobrentendidos y reservas la verdadera doctrina que exteriormente finge aceptar".

Tenemos por delante una tarea de gigantescas proporciones. Entonces se preguntan muchos, si no será andarse por las ramas de estériles bizantinismos, el insistir sobre el peligro de desviaciones internas, cuando son tantos los que se hallan inmersos en un peligro total. De eso hemos dicho ya algo más arriba. Repitamos ahora que la salvación no se consigue con una posesión a medias de la Verdad.

En la luminosa Pastoral a que venimos refiriéndonos, se prevé la objeción. "Parecerá a muchos, dice el Obispo de Campos, aún de entre los más piadosos, que perdéis vuestro tiempo, pues les será difícil comprender cómo os empleáis en perfeccionar la Fe de algunos que, bien o mal, ya la poseen, cuando mejor sería que os empeñáseis en la conversión de otros que permanecen fuera de la Iglesia, en espera de vuestro apostolado." Es preciso, señalará más adelante, hacer lo uno sin dejar lo otro. Ambas tareas son perfectamente compatibles y las dos igualmente necesarias. Pero, puntualiza, respecto a tal objeción:

"Desde que el católico se coloca en el punto de equilibrio perfecto, su perseverancia será segura y fácil. Este punto de equilibrio, con todo, no consiste en la aceptación de unas cualesquiera líneas generales de la Fe, si no en la profesión de toda la doctrina de la Iglesia, profesión hecha no apenas con los labios si no con toda el alma y de forma que envuelva una aceptación leal y coherente, no sólo de lo que el Magisterio le enseña, si no también de todas las consecuencias lógicas que derivan de esa enseñanza. Para esto es menester que el fiel posea aquella Fe viva, por la cual es capaz de humillar su razón privada delante del Magisterio infalible, de discernir con penetración toda aquella enseñanza de la Iglesia. Más, si abandonara por poco que sea esta posición de perfecto equilibrio, comenzará a sentir la atracción del abismo".

Para iluminar a sus fieles sobre los errores hoy esparcidos aún en su mismo ambiente, a renglón seguido de la introducción, el Obispo de Campos, da paso a un "Catecismo de las verdades oportunas que se oponen a los errores contemporáneos". El Catecismo viene dividido en ocho capítulos, en los que se trata respectivamente de errores sobre: liturgia, estructura de la Iglesia, métodos de apostolado, vida espiritual, moral nueva, racionalismo, evolucionismo y laicismo, relaciones entre Iglesia y Estado, y, finalmente, cuestiones políticas, económicas y sociales. Nada menos que ochenta proposiciones falsas o peligrosas aparecen denunciadas en la Pastoral. Al lado de cada una de ellas se inserta la proposición verdadera. Y seguidamente una explanación.

Citemos, por vía de ejemplo, una proposición, escogida al azar. La que va señalada de número 32. He aquí la proposición falsa — que alude por cierto, como verá el lector,

NI RESPETADOS NI LIBRES

Y no pudieron votar...

¿Podrán votar los electores anticomunistas?, preguntábamos en el número anterior al comentar el planteamiento de la consulta electoral en los Estados Unidos. Hoy, celebradas las elecciones, podemos afirmar que los electores anticomunistas, en general, no pudieron elegir a su candidato. Y, en consecuencia, no votaron (1).

Algunos corresponsales y ciertas Agencias de prensa trataron de camuflar la verdad, animados sin duda por el deseo de presentar el resultado de la votación como la demostración fehaciente del pensamiento idóneo del pueblo norteamericano y aportación palmaria a sus sectarias tesis ideológicas.

José M.^a Massip, recordando probablemente entusiasmos preteritos, aseguraba en una crónica enviada cuando todavía permanecía abiertos los colegios electorales, que "el pueblo está votando en este momento bajo la lluvia y la nieve" (2).

Por lo visto, José M.^a Massip exageraba un tanto su explicable alborozo democrático.

Cayó agua y nieve, efectivamente, en los Estados Unidos el día de las elecciones, pero el resultado no fué la súbita transformación de los pacientes y desilusionados electores en víctimas heroicas del sufragio universal.

"Nueva York — distinguía Manuel Casares — es una ciudad tradicionalmente demócrata y la lluvia parece ha afectado poco el entusiasmo de las gentes. En cambio, en la mayoría del Estado de Nueva Jersey, que es donde los republicanos tienen su fuerza, está nevando con intensidad. A todas luces esto perjudica las aspiraciones de Eisenhower. Las carreteras bloqueadas por la nieve, no son aliciente para que en los sectores rurales la gente se desplace hasta los colegios electorales" (3).

Sin embargo, Eisenhower — no los republicanos — perdió en Nueva York y ganó en Nueva Jersey, lo cual podría ser en todo caso, una demostración opuesta a la que apunta Manuel Casares.

¿Por qué tanto interés en complicar cuestiones tan sencillas?

Tan fácil como resulta escribir la verdad de lo ocurrido: La jornada electoral en Norteamérica se caracterizó por una abstención en masa de los electores, que alcanzó la cifra del sesenta por ciento de los cien millones de ciudadanos con derecho a votar. Ni la lluvia ni la nieve impidieron a quienes tuvieron el placer de hacer funcionar las máquinas registradoras, realizar cumplidamente su deseo, pero el pueblo patriota de los Estados Unidos rechazó la dictadura de los dirigentes izquierditas de las dos grandes organizaciones de partido, y prefirió no interrumpir sus ocupaciones habituales antes que alinearse prácticamente en pro de una política gubernamental — llámase republicana o demócrata — que está muy cerca de la practicada en los "veinte años de traición".

Arte de gobernar

Eisenhower se había negado en principio a tomar parte en la lucha pre-electoral. Finalmente accedió a hacer un corto viaje de propaganda, cuyo resultado fué posiblemente alejar todavía más de los colegios electorales a las personas serias y responsables que, gracias a Dios, todavía existen en Norteamérica.

En realidad, Eisenhower sabía lo que deseaba, y no es de extrañar que su última consigna aconsejando preguntar por teléfono a diez personas si habían ya votado, y nada más, no demostrara demasiados entusiasmos por el G. O. P.

Pero Eisenhower, permita el lector una pequeña digresión, es un caso excepcional en la política norteamericana. Lo recordaba, sin darle toda su importancia, una crónica fechada en Washington que apareció en "Solidaridad Nacional" de Barcelona.

"El Presidente — decía el cronista — no es un intelectual (Jhony ha escrito que es el único hombre que llegó a ser rector de Columbia sin haber leído nunca un libro), ni puede pasarse largas horas encerrado en su despacho ovalado, ni leer abultados documentos. Uno de sus secretarios está especializado en resumir los más intrincados problemas en una sola página, que el Presidente estudia con atención. Sus decisiones son claras y terminantes".

Después de un párrafo tan aleccionador, continuaba:

"Aunque la familia del Presidente pertenece a una secta afín a la de los maronitas, famosa por su austeridad y devoción, el pre-

sidente Eisenhower, en su juventud, nunca se distinguió especialmente por el espíritu religioso. Cuentan incluso que durante la segunda guerra mundial le dijo a un mariscal ruso en Alemania, que la única religión de América era la democracia. Pero cuando la gran responsabilidad de dirigir la primera potencia del Occidente cayó en sus hombros, el Presidente sintió reavivarse sus convicciones religiosas..." Fué entonces, posiblemente, cuando decidió hacerse bautizar.

Con tales antecedentes, podría sorprendernos el hecho de que "una señora americana" dijese: "Me agrada el Presidente porque es hombre religioso que cree y confía en Dios". Pero la sorpresa desaparece súbitamente cuando sabemos que "un militar norteamericano" pudo afirmar: "Cada vez es mayor mi admiración por el Presidente; conocíamos ya sus dotes como militar, pero nadie podía suponer que llegaría a ser un maestro en política" (4).

¿Cómo debe sonreír el inteligente Baruch entre bastidores! ¿Y cuánta paciencia no demuestra el pueblo patriota de los Estados Unidos!

Lo que pueden cinco millones de dólares

Pese a la afirmación de Torcuato Luca de Tena: "La Ley fundamental americana respeta la opinión pública, y el país, en definitiva, se orientará hacia donde ésta indique" (5). Pese a la afirmación de Rodrigo Royo de que el régimen político norteamericano "asegura la máxima libertad política del individuo" (6). Pese a las seguridades preelectorales de Augusto Assia de que gane quien gane "el comunismo perderá lo mismo que la subversión y la conspiración roja" (7). Pese a los lirismos democráticos de José M.^a Massip, y a los distingos sorprendentes de Manuel Casares; lo cierto es que el pueblo norteamericano ha permanecido callado en su hogar o en su trabajo. La repulsa del elector contra la tramoya "antimcarthysta" levantada en torno a las elecciones, ha sido total. Como en otras ocasiones, el ciudadano sencillo no se ha sentido ni respetado ni libre en la expresión de su voluntad política.

Lo ha reconocido así el propio vicepresidente de los Estados Unidos, como se apresura a comunicarlo Augusto Assia: "Con la declaración de que el trato otorgado al senador McCarthy fue la principal causa de que los republicanos hayan perdido las elecciones, el vicepresidente Nixon le ha dado estado oficial a noticias y rumores que hasta ahora sólo se atrevían a propalar los periódicos de derecha" (8).

Sin embargo, el mal está ya hecho y la conjura sigue adelante. Alguien ha escrito que "con un Congreso demócrata, Eisenhower podría intentar encontrar su propia mayoría personal, viniendo así la derrota a significar la verdadera liberación para él de las que han impedido en el interior su política" (9).

¿Vean ustedes cuántas cosas pueden hacerse en un país democrático con un veinte por ciento favorable de votos — los recogidos por la actual mayoría demócrata —, y que respeto hay para el ciudadano libre sólo porque decidió apoyar la campaña anticomunista del senador McCarthy!

Respaldo sólo por una minoría, "el presidente Eisenhower se prepara para hacer una declaración en favor de la paz, en la que acaso — leemos — trate de una eventual reunión con los rusos" (10).

Todos los que devengan haberes a cuenta del fondo de cinco millones de dólares destinado a la lucha contra McCarthy y "para echarle del Senado sólo porque defiende los ideales católicos" (11), pueden proseguir su sectaria labor. Esperamos, sin embargo, que el pueblo patriota de los Estados Unidos sabrá algún día desprenderse de tutelas perniciosas y de la traición organizada.

¿No constituye, acaso, una excelente señal, la adhesión a McCarthy de doscientos cincuenta mil ex combatientes del Concejo de Queens (12), y la medalla que le acaban de otorgar colectivamente, noventa y ocho sociedades patrióticas norteamericanas?

José-Oriol Cuffí Canadell

(4) María Victoria Armesto, desde Washington, en *Solidaridad Nacional* del 3 de noviembre.

(5) *ABC* del 2 de noviembre.

(6) *Arriba* del 2 de noviembre.

(7) *La Vanguardia Española* del 3 de noviembre.

(8) *La Vanguardia Española* del 10 de noviembre.

(9) *El Noticiero Universal* del 4 de noviembre. Artículo anónimo.

(10) Agencia EFE, desde Washington, con fecha 4 de noviembre.

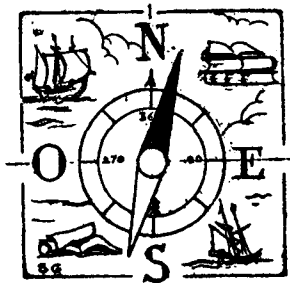
(11) Manifestaciones del coronel castrense del Ejército norteamericano, Monseñor Edward Martin. Reproducido por Augusto Assia, *La Vanguardia Española* del 2 de noviembre.

(12) Estado de Nueva York.

(1) CRISTIANDAD, número del 1.º de este mes, pág. 368.

(2) José M.^a Massip, desde Washington, *ABC* del 3 de noviembre de 1954.

(3) "Elecciones bajo una ola de frío", por Manuel Casares. *El Correo Catalán* del día 3 de noviembre.



DE LA QUINCENA POLITICA

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Las esperanzas «coexistencialistas» de Eisenhower - Posibles consecuencias de una victoria demócrata en EE. UU. - «A B C» presenta a Harold Stassen - Máximos honores en Norteamérica para Muñoz Grandes. Fernández Cuesta recuerda el caso del conde de Chambord - Adenauer y el problema del Saar - Ironía británica - UNA VICTORIA QUE QUITA SOBRESALTOS - Las diferencias filosóficas cuentan poco, dice «Le Monde»

El mensaje de Malenkov a los Estados Unidos—retransmitido por el demócrata Wickersman—ha constituido una de las características sobresalientes de los actos celebrados en Moscú con motivo del XXXVII aniversario de la revolución bolchevique. Después de las esperanzas manifestadas por Eisenhower sobre la posibilidad de llegar a un entendimiento con la URSS, las palabras de Malenkov y la victoria minoritaria en las elecciones de los seguidores de Roosevelt representan dos jalones importantes en el

camino hacia la «coexistencia pacífica». El diario «Le Monde» pide ya que se olviden las «diferencias filosóficas» para evitar la «destrucción mutua», y subraya el gozo postelectoral de los «ministros, diplomáticos y generales» que temían los efectos de la depuración de McCarthy. El problema del Saar, la estancia de Stassen en Madrid, la personalidad de Muñoz Grandes y un curioso recuerdo del conde de Chambord, constituyen también notas destacadas de la presente quincena.

Del 26 al 31 de octubre

LAS ESPERANZAS «COEXISTENCIALISTAS» DE EISENHOWER.

“En su conferencia semanal de Prensa —comunican de Washington— el presidente Eisenhower dijo hoy que *las esperanzas de paz mundial son ahora mayores que nunca*, como resultado de haber mejorado la situación del mundo libre”.

Después de tan “optimistas” manifestaciones, el Presidente norteamericano aludió a las próximas visitas de Adenauer, de Yoshida, de la reina madre de Inglaterra y de Mendes-France, para insistir nuevamente en su criterio de que *“ha llegado el momento de ver si existe alguna oportunidad o probabilidad de reducir la “intratabilidad” de los comunistas, si bien antes deberán ser ratificados los acuerdos de París”*.

Pocas horas antes, Churchill había declarado también en la Cámara de los Comunes que la ratificación de los acuerdos firmados en la capital de Francia, era previa a cualquier conferencia de “las cuatro potencias”, si bien añadió que “cualesquiera contactos personales que yo pudiera tener oportunidad de establecer con Malenkov, no deberían afectar en modo alguno a las decisiones generales sobre las cuestiones principales”.

Con lo cual, el jefe del Gobierno británico parecía dar a entender que las negociaciones diplomáticas con los dirigentes soviéticos podían haber alcanzado un punto suficiente de entendimiento que hiciera prever en fecha próxima los tan suspirados, por el señor Churchill, “contactos personales” con Malenkov.

La maniobra de la “coexistencia pacífica” va desarrollándose, por consiguiente, de un modo progresivo. Tal vez el resultado de las próximas elecciones norteamericanas pueda dar una orientación más precisa sobre el volumen que haya de adquirir dicha maniobra, uno de cuyos signos más precisos viene sin duda señalado por el hecho de presentarse como candidato demócrata al gobierno del Estado de Nueva York, el conocido consejero de Roosevelt y gran amigo de Stalin, Averell Harriman.

No olvidemos que en Nueva York pesa extraordinariamente el voto judío, cuyos elementos constituyen nada menos la tercera parte del censo electoral del referido Estado.

POSIBLES CONSECUENCIAS DE UNA VICTORIA DEMÓCRATA EN EE. UU.

La posibilidad de un triunfo del Partido Demócrata en las próximas elecciones nor-

teamericanas parece que va en aumento a medida que nos acercamos a la fecha de su celebración. Por esta razón se explica el interés que muestran ciertos círculos norteamericanos en conjeturar sobre las derivaciones que podría tener una victoria de los seguidores de Truman y Stevenson. Augusto Assia resume su impresión en dos interesantes párrafos de una de sus crónicas:

“Indudablemente, el triunfo de los demócratas contribuiría a la polarización y radicalización de la lucha política norteamericana.

“Aunque sólo sea porque en las actuales elecciones han llevado la voz cantante el ala liberal y moderada, una derrota republicana no podría beneficiar sino al ala derechista y nacionalista del partido, que en opinión de muchos, se propone presentar un candidato de extrema derecha para las elecciones presidenciales de 1956”.

¿Explicaría esa posibilidad, en parte al menos, el silencio del senador McCarthy?

“A B C” PRESENTA A HAROLD STASSEN.

El director de administración de Operaciones de los Estados Unidos, Harold Stassen, llega a Madrid, para “trabajar —son sus palabras— con las autoridades españolas y con los componentes de las misiones norteamericanas”.

Y “ABC” presenta a Stassen como la “estrella de Minnesota”, señalando sus ideas y su posición en la actual administración republicana, con el siguiente comentario:

“El primer Roosevelt representaba en la política norteamericana el republicanism progresivo, cuyo exponente más autorizado en nuestros días es precisamente Harold Stassen, tanto que apenas se nota diferencia entre él y el senador demócrata por Minnesota, Hubert H. Humphrey, aquel que en agosto pasado presentó el proyecto que declara el partido comunista fuera de la ley. Stassen podría ser demócrata moderado, y por esta misma razón se identifica con el presidente Eisenhower; ambos se sienten distanciados del ala derecha de su propio partido. Y así se explica también el que en la Convención republicana que se celebró en Chicago en el verano de 1952, Eisenhower triunfara frente al conservador Bob Taft, ya en la primera votación, gracias al dramático gesto de Stassen, que le cedió inesperadamente los votos que se habían pronunciado en pro de su candidatura”.

Para terminar asegurando que Stassen “tiene porvenir en un partido republicano en que el ala derecha pierda influencia en beneficio del ala liberal”.

MÁXIMOS HONORES EN NORTEAMÉRICA PARA MUÑOZ GRANDES.

Comentando el viaje del teniente general Muñoz Grandes a Norteamérica, “Solidaridad Nacional” escribe:

“Muñoz Grandes, representando a España y a su Ejército, recibe los máximos honores en Norteamérica; se le equipara a la categoría de general de “cuatro estrellas” en lo militar, y en lo civil a la de secretario del Ejército. Estados Unidos es parco en la concesión de honores y condecoraciones a los extranjeros, por muchos méritos que tengan contraídos; vel por el prestigio de sus recompensas y, sin embargo, tan pronto como el teniente general Muñoz Grandes pisa suelo norteamericano se le concede la Legión al Mérito, máxima condecoración destinada a los extranjeros”.

FERNÁNDEZ CUESTA RECUERDA EL CASO DEL CONDE DE CHAMBORD.

Bajo el título “Lealtad y continuidad histórica”, el ministro secretario general del Movimiento, Raimundo Fernández Cuesta, publica en el diario “La Prensa” de Barcelona un artículo, al que pertenecen estos fragmentos:

“Hace ochenta años, en los momentos críticos que siguieron a la derrota francesa, el conde de Chambord, legítimo descendiente de la dinastía que fué destronada por la Revolución, pudo ser el rey de Francia. Habían transcurrido veinticinco años de la caída de Luis Felipe. Ante Chambord, que habría sido Enrique V, se avenían los monárquicos de las dos ramas, los republicanos con espíritu nacional de conciliación y las masas neutras. Pero ese mismo pueblo entendía que el futuro rey respetase y guardase lo que en varias fases de la historia de Francia, el país había implantado y consolidado. La continuidad histórica en que creía Chambord difería, fundamentalmente, de la que después de tres cuartos de siglo profesaba la mayoría del país. El conde de Chambord perdió la corona de Francia, y el país, estupefacto, se decidió a seguir su ruta”.

Del 1 al 5 de noviembre

ADENAUER Y EL PROBLEMA DEL SAAR.

El canciller Adenauer ha regresado precipitadamente a Bonn, reduciendo ostensiblemente su estancia en los Estados Unidos. Al parecer, el Canciller alemán está profundamente preocupado por el grave desacuerdo que reina entre los elementos de la mayoría gubernamental sobre diversos puntos de su programa político, y especial-

ACTUALIDAD

mente sobre el acuerdo del Saar firmado últimamente con Mendes-France.

Poco después de su llegada a Bonn, Adenauer se ha dirigido por radio a la nación, afirmando que el acuerdo franco-alemán sobre el Saar "garantiza las libertades políticas en dicho territorio" y da a sus habitantes la posibilidad de decidir su futuro al firmarse el Tratado de Paz.

"He regresado — ha dicho el Canciller — con el profundo convencimiento de que después del escalofriante mes de agosto, que amenazaba con destruir la labor de Europa, hayamos conseguido de nuevo volver a la cooperación europea. También hemos vuelto a la cooperación entre Francia y Alemania, que es algo absolutamente necesario si queremos llegar a la unidad europea".

¿Cederán, en definitiva, los dirigentes del partido alemán y de los refugiados? Es posible que el tesón de Adenauer logre vencer las resistencias de algunos de sus colaboradores, pero el futuro del Saar es algo que conmueve profundamente el espíritu de todos los alemanes. De ahí que la cuestión del Saar sea tal vez una de las más espinosas que le haya tocado resolver a Adenauer en su dilatada gestión gubernamental.

IRONÍA BRITÁNICA.

El ex-ministro socialista Shinwell, de raza judía, ha dirigido en los Comunes al ministro de Estado, Nutting, la siguiente pregunta:

"—¿Puedo dar por descontado que el Gobierno de Su Majestad tratará de conseguir, ahora que ya se ha firmado el acuerdo con Egipto, que las aguas del Canal de Suez sean libres para la navegación de todos los barcos del mundo?" (Hay que entender: "de los barcos de Israel").

Y el ministro Nutting ha contestado entre cortés e irónico:

"—Antes de discutir sobre ese tema conviene que sepamos distinguir entre lo que es el Canal y lo que es la Zona del Canal. Nuestro acuerdo con Egipto se refiere a la Zona del Canal, no a las aguas del Canal".

Los conservadores — quizás no todos — sonrieron satisfechos. Y el diálogo pudo haber continuado en esa forma indefinidamente.

UNA VICTORIA QUE QUITA SOBRESALTOS.

Comentando la victoria de los demócratas en las elecciones celebradas en Norteamérica, "Le Monde" exulta:

Viene de la página 383

a una especie cada día más difundida —: "Es más importante mantener a las almas en la unión de la caridad, que en la unión de la Fe". Junto a ella aparece la proposición cierta, que dice literalmente: "La unión de la caridad es fruto connatural de la unión en la verdad. Así, lo que importa, por encima de todo es la conservación de la integridad de la Fe, sin la cual nadie puede agradar a Dios (San Pablo a los Hebreos, 11, 6)".

La Obra de los Cooperadores Parroquiales de Cristo Rey, tiene anunciada la publicación, en castellano, de la Carta Pastoral de Monseñor Campos. Estamos seguros de que su lectura ha de ser provechosísima para todos nuestros lectores de habla española. Porque la citada Pastoral, si bien escrita directamente para los fieles de una diócesis brasileña, estudia unos problemas que afectan a todos los católicos en general, por cuanto son hijos del ambiente y de la época en que vivimos.

Acabamos de decir: afectan a todos los católicos en general. Es claro entonces que también han de afectarnos a nosotros los

"Eisenhower trabajará en consecuencia en estrecho contacto con los demócratas. La sagacidad pediría que uno de ellos fuera llamado a desempeñar junto a Forster Dulles el mismo papel que éste asumió antes junto a Dean Acheson..."

"La moderación debe ser la ley suprema de esa política. En su campaña electoral, Stevenson se vanagloriaba con justo título de haber prestado al presidente Eisenhower la ayuda que le negaban muchos republicanos."

Y termina: "Que se apacigüe en el interior la histeria anticomunista, y así se facilitará una política exterior moderada y razonable. Eso era imposible mientras ministros, diplomáticos y generales estaban expuestos sin razones a la demagogia de un político al que nada le autorizaba a jugar de fiscal."

He ahí por dónde el triunfo demócrata — según la opinión de un diario francés prosoviético — puede hacer posible a Eisenhower desarrollar con menos tapujos su política "coexistencialista". También ahora algunos "ministros, diplomáticos y generales" podrán dormir, tal vez, con menos sobresaltos...

Del 6 al 10 de noviembre

LAS DIFERENCIAS FILOSÓFICAS CUENTAN POCO, DICE "LE MONDE"

"¿Qué ha pasado en Moscú para que los periódicos franceses exulten de alegría?", se pregunta Martínez Tomás en una de sus crónicas desde París. "Ha bastado — dice — que, con motivo de la XXXVII conmemoración de la revolución de octubre celebrada ayer, los tiranos del Kremlin hayan sonreído un poco a los diplomáticos occidentales y brindado por la "coexistencia pacífica" con una exuberancia que es más bien obra del vodka que de la política, para que se hayan echado las campanas al vuelo..."

"Todos los detalles de la recepción los reseñan los diarios de París con un afán descriptivista que casi llega a la ternura. La cordialidad de Malenkov conversando en ruso con el embajador de los Estados Unidos, Mr. Bohlen, que habla, a maravilla, según dicen, la lengua de Tolstoi; el hecho de que Kruchev conversase durante media hora con el embajador de Francia, M. Joxe; los brindis en favor de la "coexistencia pacífica"; el tono mesurado con que Molotov, en el curso de un brindis, aludió a los acuerdos de París. Todo esto es comentado con un tono trémulo y casi conmovido."

También para Norteamérica tuvo Malenkov en el transcurso de la recepción un re-

cuerdo explícito. "Usted es un representante del Congreso americano — dijo el jefe comunista al demócrata Wickersman —; acepte mi mensaje y llévalo a América. Deseamos, agregó Malenkov, vivir en paz, continuar viviendo y trabajando juntos como amigos. Hemos sido amigos, América y Rusia, y deseamos seguir siendo amigos." Wickersman, presente no se sabe por qué razón en la conmemoración revolucionaria, contestó, por su parte, que "América deseaba también ser amiga de Rusia y también deseaba la paz".

El embajador norteamericano Bohlen brindó por Molotov, llamándolo "el más experto diplomático de la sala".

Es de subrayar que Bohlen asistía a la recepción pese al hecho de que la aviación soviética había derribado horas antes un "B-29" sobre el Japón. Por este motivo, los altos funcionarios norteamericanos se negaron a asistir a la recepción ofrecida por la embajada soviética en Washington. Bohlen, por el contrario, decidió prescindir del "incidente" y subrayó con su presencia los deseos de Eisenhower. No podemos olvidar que el nombramiento de Bohlen fué objeto en su día de una reñida y perseverante oposición por parte de los republicanos anticomunistas.

Para entender mejor el sentido íntimo de la conjura que preside la tendencia a la aproximación y amistad entre Oriente y Occidente, puesta de manifiesto en la conmemoración bolchevique, quizás sea de interés reproducir las dos preguntas que acaba de plantear el "neutralista" diario de París, "Le Monde":

"La oposición a la destrucción mutua, la conciencia de las posibilidades de una cooperación a la escala mundial, ¿lograrán persuadir algún día a los bloques que sus diferencias filosóficas y sus diferencias políticas cuentan poco en comparación con aquel inmenso peligro y con aquellas inmensas perspectivas? Y la "detente", la confianza recobrada, ¿no serán a fin de cuentas el medio mejor para poner término a un régimen policiaco que el Occidente reprocha justamente al Oriente, régimen que no puede tener otra razón de ser que el miedo y la desconfianza, y del que cabe pensar por ciertas señales que se encuentra ya en camino de suavizarse?"

Pero nosotros nos atrevemos por nuestra cuenta a plantear otro interrogante: ¿No será, tal vez, la coexistencia entre Oriente y Occidente el medio ideal para defender la experiencia bolchevique y para imponer la soviétización "pacífica" de toda Europa?

SHEHAR YASHUB

españoles. ¿En qué medida? Este ya es otro cantar.

No es despropósito afirmar que dentro de nuestro país la corriente del modernismo no ha contado, ni de lejos, con el número de valedores que en otros. Conscientes, lo que se dice conscientes, y con audacia para mostrarse en público, los tales valedores han sido y son, por ahora, al menos muy pocos. El resto acostumbra a ser unos cuantos jóvenes que se dedican a poner en solfa las "novedades" que leen en tal o cual publicación de ultrapuertos. Sin mentar, por supuesto, la procedencia de sus ideas al pobre lector que no sale de su asombro frente a tan peregrina originalidad. "O Paggí...!", que dicen los provincianos del vodevil francés. Sólo que uno ha estado antes en París y sabe a qué atenerse. Y ya comprenderá el lector, que haber estado en París significa modestamente, en este caso, haber leído tal o cual publicación, sin necesidad de poner un pie al otro lado de los Pirineos — la característica de ventana abierta a toda comunicación es obvia en el concepto de frontera en nues-

tro siglo XX —. Sin embargo, por más que sean pocos sus representantes, el fenómeno puede apuntar un valor de síntoma, que resultaría necio despreciar. Y, precisamente, por eso de que hoy las fronteras no evitan el contagio. La duda — sobrecogedora duda — al aparecer hoy el mal entre nosotros, está siempre sobre si será un caso aislado o más bien prueba de evidente contagio. En este último caso, la parvedad del mal no debe llenar la triste función de servir tan sólo de motivo de consuelo a la vista de la gravedad del que sufren tal vez los demás. Refiriéndose al hombre que se deja guiar por tan pobre idea, señala certeramente Roberto Coll, en uno de sus recientes artículos sobre el catolicismo español publicados en "El Pensamiento Navarro":

"Esta encontrará siempre, por mucho que descienda en el camino de la virtud, a otro que esté más bajo que él y cuya contemplación le sirva no de estímulo, que esto sería bueno, sino de motivo para estacionarse en una funesta tranquilidad".

CARLOS FELÚ DE TRAVY

*En este Año Mariano ofrece
tu obsequio a María visitando
su Santuario*

IV CONCURSO DE OBRAS TEATRALES DE ESPECTACULO INFANTIL
ORGANIZADO POR LA JUVENTUD DE LA FARANDULA DE SABADELL

- 1.º Premio CIUDAD DE SABADELL, dotado con 3.000 pesetas, al lema: «Astúcia val més que força».
- 2.º Premio SAN JORGE, dotado con 2.000 pesetas, al lema: «Petit món».
- 3.º Premio JOSÉ M.ª FOLCH Y TORRES, dotado con 1.000 pesetas, al lema: «Cada cosa al seu lloc».
- 4.º Premio SAGRADA FAMILIA, dotado con 1.000 pesetas, al lema: «Petita aportació a l'any Marià.»
- 5.º Premio SAN FERNANDO, dotado con 1.000 pesetas, al lema: «La Missió de terra Rica».
- 6.º Premio SAN ANTONIO M.ª CLARET, dotado con 500 pesetas al lema: «Noblesa de sentiments».

MENCIONES HONORIFICAS a los lemas: «Farándula? Tasca meravellosa». – «Un trist majordom, pot ésser també un gran Rei en la vida». – «Si no us torneu com infants». – «Fantasia». – «Amor filial». – «Deixeu que els infants vinguin a Mi»

Sabadell, a 7 de octubre de 1954.

El Secretario del Jurado,
JUAN BRUNET PUJOL

Paños Marcet, S. A.

**Fábrica de Tejidos de Lana y Estambre
Selectas Novedades en Pañería**

**General Mola, 24
Teléfono 2219**

TARRASA

TUSELL

*Niños fuertes,
niños robustos*

con

GRAN RECONSTITUYENTE

Cola-Cao

ALIMENTO
COMPLETO

o-Cola Cao-Ca

Cola-Cao

PODEROSO ALIMENTO
RECONSTITUYENTE

Industrias Gráficas

EL SIGLO XX

FRANCISCO CUSÓ

Roger, 69 y 71 Teléfono 23 38 45 Barcelona

P
U
R
O
S
C
A
P
O
T
E



P
U
R
O
S
C
A
P
O
T
E



En su viaje a Mallorca visite las

Cuevas de Artá

Una maravilla entre maravillas

SEGUROS GRATUITOS
VIDA, ACCIDENTES, INCENDIOS, ENTIERRO, ETC.

Sin dispendio suplementario a sus gastos normales
puede obtener un SEGURO GRATUITO
por el sistema «A. M. E. R.» (Ahorro mercantil).
Patentado con el N.º 192.002

Para informes y detalles dirigirse a:
ADRIAN DE GISPERT SERRA
LAURIA, 89 TELEFONO 28 43 58

Una llamada telefónica y pasaremos a visitarle
sin compromiso alguno

JAVIER COLL E HIJO

Importadores de los productos de SOCIÉTÉ DES
USINES CHIMIQUES Rhône-Poulenc, Produc-
tos Químicos, Farmacéuticos e Industriales.
Distribuidores de los Productos del Laboratorio
de Industrias Farmacéuticas, S. C., "INFARNA"
Concesionarios exclusivos de la SOCIÉTÉ PARI-
SIENNE D'EXPANSION CHIMIQUE
"SPECIA" - Paris.

Córcega, 269 Teléfono 27 90 89
BARCELONA